La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

# DESTERRADOS DE LA GALAXIA

## Clark Carrados

CIENCIA FICCION



Clark Carrados

# Desterrados de la Galaxia

# CAPÍTULO PRIMERO

Corría desesperadamente, sintiendo casi en la nuca el aliento de los hombres que componían la patrulla. Por un instante se echó a reír, diciéndose que era una metáfora, pero lo cierto era que los guardias de la ronda nocturna estaban cada vez más cerca de él. Si le atrapaban fuera de su residencia, podían pasarle muchas cosas, y ninguna buena.

Además, los guardias tenían una ventaja sobre él: usaban propulsores individuales que les permitían moverse a un palmo del suelo y a velocidades de hasta de cien kilómetros a la hora. Él no tenía más que sus pies y los potentes músculos de sus piernas.

El corazón amenazaba con estallarle dentro del pecho. De pronto, vio un hueco oscuro en una pared y, sin dudarlo, se metió en aquel negro agujero. No tenía más armas que sus puños, mientras que los hombres de la patrulla tenían pistolas de todas clases: desde paralizadoras y térmicas, hasta las temibles seccionantes. El jefe de la patrulla podía ser lo mismo un hombre comprensivo que caprichoso. Más bien lo segundo, se dijo, jadeante, mientras trataba de calmar sus nervios.

Los guardias desfilaron por delante de él, sin verle en aquel pequeño hueco negro. Brillaban sus uniformes y relucían sus armas. Jan Kervit apretó los dientes, emitiendo mentales dardos de odio hacia los esbirros del hombre que les oprimía a todos los que eran como él y sólo por el hecho de su nacimiento. En aquellos instantes, le habría gustado tener al alcance de su mano el grueso y seboso cuello de Ithor I, Emperador de Urton 8. Habría apretado y apretado hasta romperle las vértebras...

Pero no eran más que sueños que sabía que no se podrían cumplir. Ithor estaba muy bien protegido y jamás permitiría que un sucio hombre-T manchase el palacio con su sola presencia. Además, ni siquiera salía de su residencia, con lo que la posibilidad del atentado en las calles de la capital quedaba excluida por completo.

Los refulgentes uniformes se alejaron. Kervit dejó pasar todavía algunos minutos antes de proseguir su camino. Luego abandonó su refugio y, un cuarto de hora más tarde, abría una puerta.

La casa, de una sola planta, estaba a oscuras. Pero había alguien despierto.

—¿Eres tú. Jan? —dijo una voz en la que ya se notaba el peso de los años.

—Sí, abuelo, yo soy.

Kervit movió una mano y las luces se encendieron. En la casa sólo había un dormitorio, una sala, que era también comedor y cocina, y algo parecido a un diminuto cuarto de baño. Kervit fue a la cocina, abrió el grifo y llenó un vaso de agua, que bebió con gran avidez.

—Abuelo, siento haber llegado tarde —se disculpó—. Pero, es que, en realidad, tenía que hacerlo. Estuve con los Dall.

—¿Sigues con tu idea, Jan? —preguntó el anciano.

Kervit se volvió bruscamente hacia el hombre que estaba en un viejo sillón y contempló durante unos instantes los ojos que no podían verle y que ya hacía muchos años habían dejado de percibir la luz. El pelo de Lutto Kervit estaba completamente blanco y sus manos en ocasiones temblaban al moverse. No viviría ya mucho, se dijo Kervit tristemente.

Era la única familia que tenía. Cuando el abuelo muriese, se quedaría solo. No sentiría la soledad por sí mismo, sino porque ya no podría conversar más con el anciano ni oír sus relatos sobre el mundo del que procedían y que ningún habitante de Urton 8 había visto jamás ni mucho menos sabía en qué remoto paraje de la Galaxia se encontraba.

—Supongo, Jan, que estás buscando compañeros para el viaje —dijo Lutto con gran tranquilidad.

—Sí, abuelo —admitió el joven—. En principio, los Dall están de acuerdo. También Rassell y Loona Myrr, los Hangloos, los Nevox y... Bien, supongo que podremos convencer a algunos más. La expedición, además de larga, será costosa. Necesitamos fondos para comprar la astronave, pertrechos, provisiones... Todo eso cuesta mucho dinero, abuelo.

—Lo sé, y no puedes imaginarte cuánto me gustaría acompañaros. Pero ya soy demasiado viejo; no me quedan muchos días de vida y sé que no podría llegar al final del viaje. Esto es algo que yo debiera

haber hecho hace cien años, cuando me sentía en la plenitud de mis fuerzas, pero entonces fui un cobarde...

Kervit se acercó al viejo y tomó una de sus manos con gesto lleno de ternura.

—No te lo reproches, abuelo. Entonces, hiciste lo que creías que era mejor. Además, la situación no se había agravado tanto como ahora. Hace cien años todavía se os consideraba como ciudadanos con iguales derechos. Ahora...

Los ojos del joven destellaron de cólera, mientras su mano derecha subía hasta el hombro izquierdo. Bajo la tela del sencillo traje que llevaba, podía notar la leve irregularidad de la marca a fuego que había en su epidermis.

—Ahora nos marcan, como a las reses antiguamente. Nos han suprimido una serie de derechos y nos han aumentado las obligaciones... —continuó rabiosamente—. Estamos obligados a llevar esa señal infamante...

—¿Infamante? —exclamó el anciano, irguiéndose en su sillón—. ¡Orgulloso deberías sentirte de tener en tu piel la inicial del planeta del que procedemos! En tu lugar, yo la llevaría constantemente a la vista, para que todo el mundo supiera qué soy.

—Y todos escupirían a mi paso y algún guardia me encerraría por el más fútil motivo —atajó Kervit—, Es cierto, debo sentirme orgulloso por la T que tengo marcada en la piel, no puedo avergonzarme de que me llamen hombre-T... pero deseo dar término a esta situación cuanto antes.

—Las prisas nunca son buenas, Jan —dijo Lutto sentenciosamente.

—Lo sé, abuelo. Por eso nos comportamos con la mayor prudencia posible. Hablaba en sentido metafórico, como puedes comprender. Pero es que la sangre me hierve cuando veo que, por ser un hombre-T, debo estar en mi casa antes de las diez de la noche; cuando veo que podría aspirar al mando de una astronave comercial y tengo que contentarme con ser el barrendero de esa misma nave si quiero ganarme un sueldo... No puedo comprar cosas de un valor superior a las cinco hectalibras... Y, naturalmente, que ni se me ocurra mirar a una nativa, porque lo menos que podría pasarme es que me sometieran a esterilización. ¿Crees, abuelo, justa esta situación, sólo por el hecho de ser descendientes de los hombres que conquistaron la Galaxia?

—No, no lo es —convino el anciano tristemente—. Pero es el destino fatal de toda raza, de todo grupo de gentes, de toda nación, de todo planeta... Hay en la vida de un grupo de gentes, llámese como se llame, tres fases inevitables: ascensión, cénit y caída. Nosotros empezamos a caer hace muchísimos años, mientras que los urtonitas están en la fase de ascensión. Un día caerán, pero no lo verán siquiera los nietos de tus nietos.

—Mientras tanto, es preciso sobrevivir... libremente —dijo el joven con gran apasionamiento—. No aquí, sino en el mundo del que procede nuestra raza y donde todos seremos iguales y nadie podrá oprimir al vecino.

—Pero ya nadie sabe dónde está. Se ha perdido la memoria de su situación en la Galaxia. Han pasado más de tres mil años y nadie volvió a viajar allí desde que llegaron las noticias de la catástrofe.

—Nosotros lo encontraremos, abuelo. —Súbitamente, Kervit se arrodilló ante el anciano—. ¿Es cierto que la Tierra era el planeta más bello de la Galaxia? —preguntó ansiosamente.

Las muertas pupilas de Lutto parecieron encenderse.

—Yo nunca lo vi, ni mi padre, ni el padre de mi padre— Había grandes ciudades, fértiles campos, grandes fábricas, árboles, hierba, mares extensísimos, cielos azules, con nubes blancas, altísimas montañas, con las cumbres nevadas... hermosos anímales, comida abundante... pero también reinaban el odio, la envidia y el rencor, y esos sentimientos fueron los que, al fin, condujeron a la ruina total a la más grande raza humana que ha conocido el Universo. Llegamos a la cima, no supimos mantenernos y nos despeñamos miserablemente...

—Nosotros no alcanzaremos la cima; nos conformamos con instalarnos en la base de la montaña. ¡Pero tiene que ser allí, en la Tierra! Y, sin embargo, nos faltan tantas cosas para poder emprender el viaje...

—Jan, yo ya soy viejo y tengo frío en el corazón pero, sin embargo, creo que puedo ayudarte. Unyx, el mercader, me debe un favor. Nunca se lo pedí. Ve a verle y dile que te ayude. Si te pone objeciones, háblale de mí y de lo que hice por él, sesenta años atrás.

—¿Crees que lo recordará, abuelo?

—Un hombre recuerda siempre el momento en que estuvo a punto de

perder la vida —contestó Lutto—. Unyx vive aún y ha llegado hasta su elevada posición, gracias a que yo le salvé.

—Está bien, hablaré con él, pero, aun así, necesitaremos muchísimo dinero...

El anciano sonrió.

—Sé dónde hay unos cartuchos con grabaciones auténticas de la historia de la Tierra —dijo—. La Fundación Impe rial para la Cultura te pagaría lo que pidieses por esas cintas.

—Podemos necesitarlas nosotros...

—Antes de venderlas, saca unas copias y escóndelas. No digas que lo has hecho y así te evitarás problemas. Luego, ve a la FCI y...

—¿Dónde están las grabaciones, abuelo? ¿Hay en ellas algún indicativo de la ruta que debemos seguir?

—No, eso no, pero si conocerás a fondo la historia de la Tierra y eso te ayudará mucho, si un día consigues encontraras de nuevo. En la pared Sur de mi dormitorio...

Unos fuertes golpes interrumpieron de pronto al anciano. Alarmado, Kervit se puso en pie de un salto.

* * *

Los golpes se repitieron. Bruscamente, alguien dio una patada a la puerta, haciéndola saltar de sus goznes. Tres o cuatro hombres irrumpieron en la casa, pistola en mano.

—¿Jan Kervit? —preguntó el jefe de la patrulla.

—Yo soy —dijo el joven, adelantando un paso.

—Tienes que acompañarnos. Estás arrestado.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Te han denunciado por estar fuera de tu alojamiento pasada la hora señalada. Vamos, ven con nosotros...

El joven se cegó. Aquel arresto significaba trabajar de sol a sol en algún lugar enormemente alejado de la capital, sometido a un régimen inhumano, tratado como una bestia de carga... En un segundo, vio que sus ilusiones se habían disipado como la niebla matutina al influjo de los primeros rayos del sol.

Atacó. Atacó enloquecidamente, pensando sólo en la huida... Golpeó pechos, vientres, rostros...

Una pistola chasqueó de pronto y en la habitación se produjo un súbito aumento de la temperatura. Kervit se distrajo un instante. En el sillón ya sólo había unas volutas de humo. Su abuelo se había volatilizado al recibir de lleno la descarga térmica, dirigida a él. En el mismo instante, sintió un fuerte golpe en la sien y cayó de rodillas repentinamente débil.

—Vamos —gruñó el jefe de la patrulla—, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Dos manos le cogieron por debajo de los sobacos. Kervit se resignó; ya no podía luchar contra lo inevitable.

Jamás varía la Tierra, se dijo; ya no podría viajar al planeta de sus antepasados. Moriría en algún oscuro rincón de Urton 8, sin que nadie se preocupara por su suerte...

—¡Dejad a ese hombre! —sonó de repente una voz de tonos autoritarios.

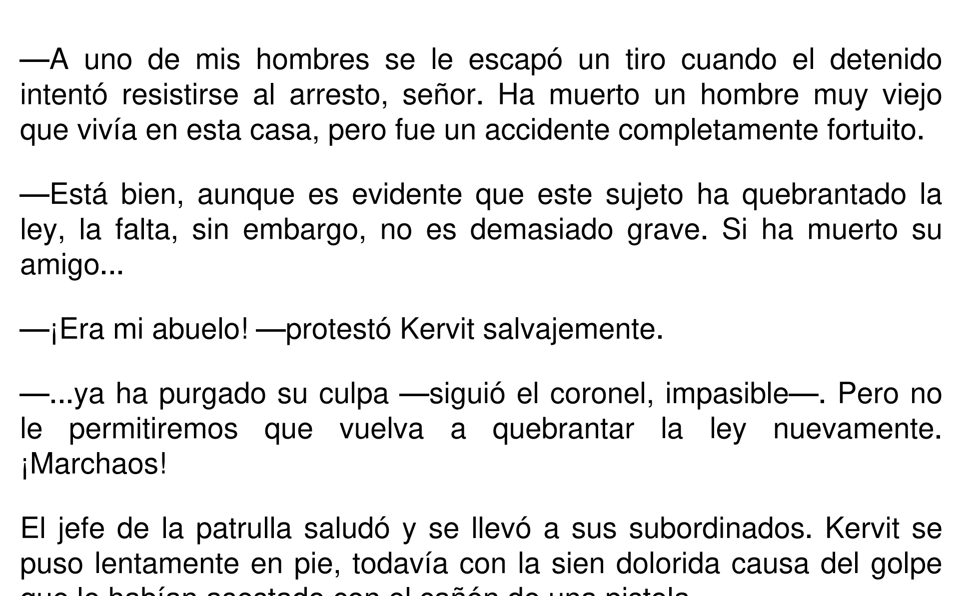
Los guardias se cuadraron rígidamente. Aún de rodillas, Kervit alzó la mirada y vio a un hombre sencillamente vestido, pero en cuyas hombreras resplandecían las insignias de coronel.

El recién llegado devolvió los saludos con aire negligente.

—¿Qué ha hecho? —preguntó.

—Denunciaron que estaba fuera de su residencia, una vez pasado el plazo reglamentario, señor. Le perseguimos, pero consiguió escapar. Luego, calculé que habría regresado a su casa...

—Habéis tenido que usar las armas.



—A uno de mis hombres se le escapó un tiro cuando el detenido intentó resistirse al arresto, señor. Ha muerto un hombre muy viejo que vivía en esta casa, pero fue un accidente completamente fortuito.

—Está bien, aunque es evidente que este sujeto ha quebrantado la ley, la falta, sin embargo, no es demasiado grave. Si ha muerto su amigo...

—¡Era mi abuelo! —protestó Kervit salvajemente.

—...ya ha purgado su culpa —siguió el coronel, impasible—. Pero no le permitiremos que vuelva a quebrantar la ley nuevamente. ¡Marchaos!

El jefe de la patrulla saludó y se llevó a sus subordinados. Kervit se puso lentamente en pie, todavía con la sien dolorida causa del golpe que le habían asestado con el cañón de una pistola.

—Soy el coronel Rabkhel Renart, de la Guardia Imperial —se presentó el otro—. ¿Tu nombre?

—Jan Kervit, número A-E-4407, hombre-T —dijo el joven irisadamente, a la vez que se remangaba para enseñar la parte alta del brazo izquierdo—. Aquí está mi marca, como ordena la ley, señor.

—Siento lo ocurrido, Kervit —dijo Renart—. Pero la culpa es tuya, por estar fuera de tu casa después de las diez de la noche.

—Me retrasé, excelencia...

Hubo un instante de silencio. Los dos hombres se contemplaron recíprocamente. Kervit vio a un sujeto de unos cuarenta años, alto, delgado, de ojos penetrantes y nariz aquilina que sonreía de forma enigmática. Se preguntó por qué todo un alto oficial de la Guardia Imperial se dignaba interceder en favor de un paria como él.

—No vuelvas a hacerlo, Kervit —dijo Renart.

—Sí, señor.

—Tu abuelo ha muerto. ¿Tenías más parientes?

—No, excelencia. Mis padres murieron cuando yo era un niño. Él se encargó de cuidarme...

—Lo siento. Aunque se convirtió en humo, podrás celebrarle un funeral según vuestras costumbres.

—Gracias, señor.

—Ten siempre presente la ley, Kervit.

Renart ya no dijo más y se marchó. Kervit se quedó solo, sin comprender todavía los motivos por los cuales le había salvado aquel hombre. ¿Un rasgo de generosidad hacia un proscrito?

Luego volvió los ojos hacia el vacio sillón. El abuelo ya no estaba allí. Sólo quedaba una mancha negruzca en el respaldo. Sin poder contenerse, llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

## CAPÍTULO II

—¿Así que tú eres el nieto de Lutto Kervit?

—Sí, señor.

Unyx, el mercader, emitió una ligera sonrisa.

—Puede decirse que le debo todo lo que soy. Sin embargo, nunca me pidió nada. Era un hombre orgulloso.

—Honesto, diría yo, señor —contestó Kervit, en pie, respetuosamente, ante el lujoso escritorio tras el cual se hallaba si mercader.

—Sí, también es cierto. ¿Y quieres...?

—Una astronave, pertrechos y provisiones.

Unyx entornó los ojos.

—Eres modesto pidiendo —murmuró—. ¿Sabes cuánto costaría todo eso, muchacho?

—Bastante, supongo. Pero como soy un hombre-T, no tengo idea del

valor total...

Unyx se puso en pie. Era un hombre de mediana estatura, grueso, con una gran papada y las manos llenas de anillos. La túnica que le cubría era de hilos de oro puro, sujeta al hombro izquierdo por un gran broche estallante de piedras preciosas.

—Muchacho —dijo—, le debo mucho a tu abuelo, es cierto. Pero también es verdad que, ante todo, soy un mercader. Yo, me imagino para qué quieres la nave y estoy dispuesto a proporcionártela. Si quieres perderte en el espacio, allá tú...

—¿No ha estado nunca en la Tierra?

Unyx soltó una carcajada.

—¿Yo, en aquel miserable planeta? Ni por todos los diamantes de la Galaxia se me ocurriría ir allí, aunque supiera dónde está. No. amiguito, te juro que viajar hasta la Tierra no entra dentro de mis planes. Una vez cometí una locura, la única en mi vida; por eso me salvó tu abuelo. Y no voy a repetir una cosa semejante.

El mercader hizo una pausa para servir dos copas de vino, una de las cuales entregó al visitante.

—Ante todo, los negocios —continuó—. Arriesgo mucho, pero tengo valedores ante el Emperador. Puedo resolver fácilmente los problemas que esto pueda plantearme, pero en modo alguno estoy dispuesto a poner dinero de mi bolsillo. Únicamente, y porque se trata de ti, rebajaré un poco el precio.

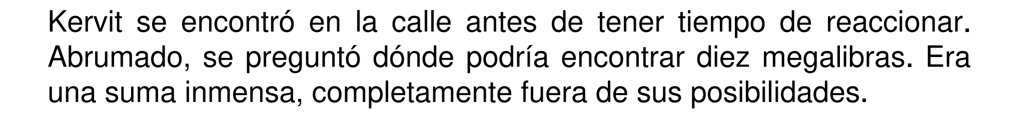
—¿Cuánto, señor? —inquirió el joven ávidamente.

—Lo que necesitas te costaría doce... Está bien, te lo dejo en diez megalibras. Busca esa suma y tendrás la nave pertrechada y aprovisionada.

Kervit se quedó helado.

—Pero, señor...

—Ya no puedo rebajar un solo centésimo más —le atajó el mercader —. Y es un precio barato; a un traficante le cobraría no menos de quince megalibras. Cuando me traigas esos diez billetes, serás el dueño de la astronave y podrás ir adonde se te antoje o pegarle luego. Adiós.


Kervit se encontró en la calle antes de tener tiempo de reaccionar. Abrumado, se preguntó dónde podría encontrar diez megalibras. Era una suma inmensa, completamente fuera de sus posibilidades.

* * *

—De modo que ese viejo buitre pide diez megalibras —dijo Antho Dall, a la vez que tendía una copa a su visitante.

—Ni un centésimo menos —contestó Kervit.

Dall se volvió hacia su esposa.

—¿Cuánto dinero tenemos, querida?

—Seis mil hectalibras, amor —contestó Syra Dall—. Los Hangloss podrían aportar siete mil más: entre los Myrr y los Nevox reuniríamos diez o algo así... Podríamos conseguir, tal vez, otras cinco mil, pero el total no llega a las dos megalibras.

—Imposible conseguir una megalibra y media —declaró Syra—, Me lo dijo él mismo, pero es un tipo que no me gusta demasiado. Muy violento, muy dado a mandar, nada mesurado...

—Pero es un excelente piloto —alegó Kervit—. Me ayudaría mucho en el gobierno de la nave. Es de los pocos hombres-T que no ha sido desposeído de su rango, aunque ahora no vuela por el espacio.

—Sí, eso es cierto —convino Dall—, Bueno, siendo uno solamente, tendría que atenerse a la voluntad de la mayoría. Pero aun así, suponiendo que aceptase tomar parte en el viaje, sólo habríamos reunido tres megalibras y media. ¿De dónde sacamos las restantes seis y media?

Kervit se pellizcó el labio inferior.

—Quizá yo pueda conseguirlo —respondió—. Antho, ¿querrás encargarte de hablar con Lenn?

—Desde luego. ¿Tienes esperanzas de...?

—Tal vez —dijo el joven, mientras se encaminaba hacia la puerta—. Antes de veinticuatro horas, sabré si podemos viajar a la Tierra... o debemos abandonar toda esperanza.

—Sé prudente —le aconsejó Syra cuando ya salía—. No des ocasión a que los esbirros de Ithor te pongan la mano encima.

—Descuida —contestó Kervit.

Volvió a su casa. Era una mísera vivienda de madera y no le costó mucho arrancar unas cuantas tablas, debajo de las cuales encontró una caja plana, que vio repleta de cintas de video.

Era la historia de la Tierra y tenía que venderla, para poder viajar al planeta del que sus antepasados habían salido trescientos siglos antes. Pero antes obtendría una copia de cada cinta, tal como le había recomendado su abuelo.

* * *

El ujier, lujosamente uniformado, le miró con desprecio nada disimulado. Kervit soportó estoicamente los gestos de asco que hacía el sujeto. Prudencia, se repetía a sí mismo una y otra vez. Era un paria, un proscrito, y el menor ademán podía echar a perder todos sus planes. No siempre, se dijo, iba a tener a su lado al coronel Renart para protegerle.

—Está bien —dijo el ujier—, te llevaré a presencia del vicedirector de la Fundación. Ella decidirá lo que sea.

—Ah, es una mujer —murmuró Kervit.

—De alto rango. Tiene tres reverencias, ¿comprendes?

—Sí, señor.

Tres reverencias significaban, indudablemente, una elevadísima posición social. Se preguntó qué grado de nobleza poseería la vicedirectora de la Fundación Imperial de Cultura. «Casi hija del

emperador», se contestó a sí mismo.

Momentos después, entraba en un sencillo despacho. Una joven, de cabellos oscuros y piel ligeramente tostada, le miró inquisitivamente.

—Soy Damaris D'Ithor —se presentó, mientras el visitante hacia las tres reverencias prescritas por el protocolo.

Kervit ahogó un grito de sorpresa. La vicedirectora llevaba el apellido que era el nombre del Emperador. Tenía que ser pariente próximo a la fuerza, pensó.

—Me llamo Jan Kervit, noble señora —dijo—. Conozco el interés que la Fundación tiene por el planeta Tierra y deseo venderte doce cintas con su historia.

Las finas cejas de Damaris se alzaron en un inequívoco gesto de sorpresa.

—¿Has dicho la historia de la Tierra?

—Sí, señora...

—¿Dónde están las cintas?

—He traído una de muestra. Cuando nos ajustemos en el precio, te entregaré las once restantes.

—Muy bien. Si el precio es conveniente... ¿Cuánto pides?

—Diez megalibras, señora. —Kervit decidió que siempre habría tiempo de rebajar, pero, con gran asombro por su parte, oyó la respuesta afirmativa de la joven.

—Si son interesantes, la Fundación pagará lo que pides —dijo ella sin inmutarse—. Por favor, deja que examine la cinta de muestra.

Kervit se la entregó. Damaris insertó el cartucho en el alvéolo correspondiente y luego pulsó el mando de contacto.

Un cuarto de hora más tarde, desconectó la pantalla de imágenes.

—Trae las once cintas restantes. Tendrás preparado un cheque...

—Diez billetes, por favor, señora.

Ella volvió a arquear las cejas.

—¿Por qué?

—Son... motivos personales, señora.

Hubo un instante de silencio. Los ojos de Damaris eran extrañamente verdes, como de gato. Ella misma poseía una silueta escultural, de contornos felinos, puesta de relieve por el ajustado traje de una sola pieza, de color verde profundo. El pelo, castaño oscuro, con reflejos dorados, era corto, en melena de paje. Kervit se sentía extrañado de ver a una joven tan hermosa situada en un puesto tan elevado.

Ella sonrió, adivinando sus pensamientos.

—Muchos piensan que he llegado aquí merced a lazos de sangre —dijo suavemente—. Pocos, en cambio, saben que tengo el doctorado en Historia Galáctica. Mi... parentesco con su majestad sólo se traduce en el derecho a las tres reverencias marcadas por el protocolo.

—Siento haberte ofendido, señora. Ignoraba tal circunstancia —se disculpó el joven.

—La vida palaciega no me atrae en absoluto —declaró Damaris—. Aquí me siento mucho más a gusto... Pero, dime una cosa, tú que eres un hombre-T... ¿Es tan bella la Tierra como se dice?

—Lo era, lo fue... aunque sospecho que vuelve a ser un planeta hermoso y agradable. Sin embargo, nadie sabe dónde está...

—Sí, se perdió la memoria de la ruta que permitía llegar hasta él —concordó la joven—. Sin embargo, y a pesar del tiempo transcurrido, vosotros no lo habéis olvidado nunca.

—Tú naciste en Urton 8. ¿Podrías olvidar a tu planeta si te desterrasen de él?

—¡Pero es que vosotros no sois desterrados! Vinisteis aquí por vuestra propia voluntad...

—No sentiríamos añoranza de la Tierra si se nos considerase en igualdad de condiciones con los urtonitas, noble señora —dijo el joven—. Yo, y mis padres y los padres de mis padres, nacimos aquí... ¿Por qué hemos de ser proscritos, sólo por el simple hecho de no ser de una raza originaria de Urton 8?

—Lo siento, yo no hago las leyes...

—Es cierto, pero no por ello dejas de ser una urtonita y no necesitas ser marcada a fuego, como nosotros.

—Deploro vuestra situación, pero no puedo hacer nada. La verdad, mis... relaciones con su majestad no son demasiado buenas. Al emperador no le gusta que trabajen sus parientes —Damaris sonrió—. Su majestad piensa que un miembro de la casa imperial debe limitarse a vivir de acuerdo con su rango, sin necesidad de mover un solo dedo que le sirvan todo cuanto le apetezca.

—Tú honras a tu alta estirpe con tu trabajo —alabó Kervit—. Lo que haces, tu comportamiento, te confiere una nobleza mil veces superior a la que posees por nacimiento.

—Eres muy amable —contestó ella—, ¿Traerás las cintas restantes?

Kervit se inclinó profundamente.

—Soy tu obediente servidor, noble señora —dijo—. Las tendrás mañana a estas horas.

—Y tú tendrás tus diez billetes de megalibra.

Kervit abandonó el despacho. En uno de los corredores, de repente, se encontró con un rostro conocido.

—¡Lenn! —exclamó.

El hombre se detuvo y le miró sonriente.

—¿Qué haces aquí, Jan? —preguntó.

—Lo mismo podría decir yo de ti, Lenn Arphol, ¿no te parece?

Arphol se echó a reír. Era un hombre joven, de unos treinta y cinco años, bien parecido, salvo por los ojos demasiado juntos que, a veces, daban la impresión de que era bizco. Kervit apreció en sus manos un montón de cartuchos de»ideo.

—Creí que lo sabrías —contestó Arphol—. Soy archivero.

—Oh... Los Dall no me dijeron nada...

—Quizá se olvidaron. Pero... —Arphol bajó la voz bruscamente—. Seré un buen copiloto. Jan.

—Eso espero. Lenn.

—¿Has hecho trato con Damaris?

—Sí, desde luego.

—Eres un tipo estupendo. Volveremos a vernos muy pronto, cuando abandonemos este maldito planeta de una vez para siempre.

—Sí, será un viaje sin retorno. Lenn, me alegro de haberte saludado.

—Lo mismo digo. Jan.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Luego, Kervit se encaminó hacia la salida, sumamente contento, porque la entrevista con Damaris había resultado un éxito completo.

Sí, abandonarían Urton 8 y llegarían a la Tierra, se dijo, lleno de confianza en el futuro.

## CAPÍTULO III

Los diez billetes, hechos con hilos de oro puro y grabados de una forma que los hacía absolutamente infalsificables, cayeron sobre la mesa del mercader. Unyx cogió el primero y lo examinó en silencio durante unos segundos.

Una astuta sonrisa apareció en los labios de Unyx.

—Bueno, lo has conseguido —dijo al cabo.

—Así es, aunque te supongo lo suficientemente discreto como para no hacer más preguntas sobre el particular —contestó Kervit.

—Puedes estar tranquilo, muchacho. Tú has cumplido tu palabra y yo no voy a ser menos.

Unyx abrió uno de los cajones de su mesa y sacó algo que lanzó hacia el joven. Kervit atrapó al vuelo el pequeño manojo de llaves.

—La matrícula de la nave es TN-32-X-505 —indicó el mercader—, Está completamente alistada y con provisiones para un año... ¿Cuántas personas viajarán contigo?

—Doce parejas... sin hijos. Deliberadamente, hemos descartado a los que tienen niños de corta edad, no podemos exponerlos a los peligros de un viaje cuyo final podría resultar imprevisible. Todos son jóvenes, fuertes y animosos. Además, vendrá también un soltero, mi segundo piloto.

—Veintiséis, en total.

—Exacto.

Unyx se puso en pie.

—Las provisiones durarán bastante más de un año, suponiendo que no podáis reponerlas en ese plazo —manifestó—. Pero antes de que se acabe el plazo, habréis llegado a vuestro destino... o vagaréis perdidos por la inmensidad del espacio.

—Eso no sucederá —dijo Kervit firmemente—, Encontraremos la Tierra y nos estableceremos allí. Más tarde, enviaremos a buscar a los que quieran venir con nosotros...

Unyx soltó una risita.

—Admiro tu fe —dijo—, pero no la comparto. Sin embargo, quiero ayudarte. ¡Mira!

El mercader hizo un ademán y la luz de la estancia se atenuó, a la vez que se encendía una gran pantalla, en la que apareció una carta estelar. Por medio de una caja de control remoto, Unyx hizo aparecer un diminuto círculo rojo en la pantalla.

—Primera parada en Dihane XII, para reponer energía luminosa. Distancia, seiscientos veintidós años luz... Los datos exactos están contenidos en el cartucho de video que proyecta la carta estelar. En Dihane también podréis reponer provisiones.

—Entiendo —contestó Kervit—. Sigue, por favor.

—Segunda parada, por los mismos motivos, Mabrux-K, a cuatrocientos ochenta y dos años luz del anterior. Tercera y última parada, en Felkus-7-A, a setecientos tres años luz. Y luego, más allá...

A medida que Unyx hablaba, aparecían círculos rojos en la carta estelar. Después del tercero, el mercader se volvió hacia su visitante.

—Más allá, no se sabe lo que hay —añadió—. Se ha perdido la memoria de la ruta a la Tierra. Tendrás que arreglártelas para encontrarla por tus propios medios.

Unyx apagó la pantalla y extrajo el cartucho, que puso en manos del joven.

—Sólo me queda desearte buena suerte y hacerte la última pregunta —declaró.

—Si —accedió Kervit llanamente.

—¿Qué nombre piensas aplicar a tu nave?

El joven meditó unos instantes.

—Ya lo tengo —dijo— al cabo, sonriendo—. Sin Retomo.

—Un nombre muy apropiado —convino el mercader—. ¡Buen viaje!

—Adiós —se despidió Kervit lacónicamente.

* * *

La nave se llamaría Sin Retomo, pero Kervit no cometió la imprudencia de pintar el nombre en uno de los costados. Lo único que hizo fue realizar un examen exhaustivo, convenciéndose de que Unyx no le había vendido un casco vacio.

Cuando tuvo todo listo, avisó a los Dall, quienes se encargaron de a su vez convocar a los demás emigrantes. La fecha de la partida se fijó para cuatro días más tarde, domingo, cuando todo el mundo se entregaba al ocio y al descanso y los vuelos espaciales estaban prácticamente suprimidos.

A las tres de la mañana del día señalado, empezaron a llegar las primeras parejas. Kervit, en el portalón de acceso a la nave, tomaba nota de los nombres y les señalaba sus camarotes respectivos. Todos

llegaban con un mínimo de equipaje, dejando atrás cuanto habían poseído. Algunos, incluso, dejaban familiares próximos, pero todos, sin excepción, estaban dispuestos abandonar Urton 8.

—En la Tierra dejaremos de ser proscritos, porque seremos personas libres —exclamó Dangloss al cruzar la compuerta.

Kervit le estrechó la mano.

—Puedes estar seguro de ello —contestó—. Hola, Eda —saludó a la señora Dangloss—. Bien venida a bordo.

—Dios te bendiga. Jan —dijo Eda, a la vez que le besaba en una mejilla.

A las cuatro de la madrugada, ya estaban todos menos uno. Antho Dall se acercó a la escotilla.

—¿Dónde diablos está Arphol? —exclamó, irritado.

Kervit consultó su reloj.

—Le doy diez minutos más de tiempo —dijo—. Pasado ese plazo, despegaré, con o sin Lenn a bordo. Me quedaré sin copiloto, pero hay tiempo de sobra para instruir a uno de nosotros. Antho, por favor, quédate aquí, mientras doy un último vistazo al cuadro de instrumentos.

—Está bien, Jan.

Kervit se encaminó a la cámara de mando. De pie, repasó todos los instrumentos rápidamente con la mirada. Los motores ya estaban encendidos, a la mínima potencia, y no se advertía la menor anomalía.

De pronto, reparó en un papel que había en uno de los ángulos de la consola. Estaba doblado en cuatro pliegues y lo extendió con gesto preocupado. Su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que había un mensaje escrito:

Lo siento, no he tenido otro remedio que hacerlo. Pero no les he dicho que vuestra nave tiene circuitos de sobrepotencia, que os permitirán eludir la caza.

¡Buena suerte!

Había una sola inicial como firma, la U. y Kervit comprendió en el acto quién era el autor del mensaje. Pero antes de que pudiera continuar con sus reflexiones, oyó un agudo grito que procedía de la escotilla:

—¡Jan, estamos rodeados! —avisó Dall con voz llena de angustia.

* * *

Kervit corrió hacia la compuerta. Decenas de potentes reflectores se habían encendido en torno a la nave, iluminándola como si fuese de día. Formando un circulo insalvable, había un par de cientos de soldados, todos ellos armados con sus fusiles térmicos. Más allá, Kervit divisó un par de aeromóviles blindados, armados con cañones dobles de 75 mm, capaces de destruir la nave con un par de salvas bien dirigidas. Si se tenía en cuenta que aquellas piezas dobles podían disparar en un segundo sesenta granadas de alto explosivo, era fácil darse cuenta de que sólo les quedaba una solución: rendirse.

Una voz sonó poderosa, a través de un megáfono:

—Soy el coronel Renart y les intimo a que se entreguen inmediatamente. De lo contrario, ordenaré a mis artilleros que abran el fuego y antes de un minuto, esa nave habrá quedado reducida a chatarra.

Detrás del joven sonó un gemido.

—Oh, Señor, ¿qué vamos a hacer ahora? —se lamentó Syra Dall—. Teníamos la libertad al alcance de la mano...

—Y la hemos perdido, por culpa de un traidor —dijo su esposo, señalando a un hombre que estaba junto a Renart—. Mira, Jan, tu amigo el mercader, te ha traicionado.

Kervit apretó los labios. Unyx sonreía con aparente malevolencia. Pero, si les había traicionado, ¿por qué el mensaje?, se preguntó, terriblemente desconcertado.

Renart volvió a hablar:

—¡Es mi última oferta! —voceó—. Tienen exactamente sesenta segundos para abandonar la nave. Pasado ese tiempo, los artilleros dispararán, sin más prórrogas. ¡Les ordeno que abandonen la nave ahora mismo!

La situación era irremediable, pensó Kervit, lleno de amargura. Todos sus sueños, todas sus esperanzas de llegar a ser hombres libres en una Tierra libre se habían disipado ya. Resignado, se volvió hacia Dall.

—Antho, desembarquemos —dijo tristemente.

En aquel momento, se produjo un dramático cambio en la situación:

—¡Alto, no desembarquéis! —gritó alguien—. Coronel Renart, tengo una prisionera. Si nos impiden despegar, la mataré. ¡Mírela, coronel!

Dos personas aparecieron súbitamente en la zona iluminada. Estupefacto, Kervit reconoció a Arphol.

Su copiloto caminaba de costado, sujetando a una mujer por el brazo mientras que, con la mano libre, sostenía una pistola, apoyada en la sien de su prisionera.

—Es Damaris D'Ithor —exclamó.

La joven estaba muy pálida, pero se mantenía serena.

—Coronel, haga lo que le dicen —pidió.

—¡Es la hija del emperador! —aulló Renart.

—Lo sé —rió Arphol—. Es la hija del gran hijo de perra que se llama Ithor I. ¿Se atreverá a matarla?

Arphol atravesó sin dificultad el círculo iluminado y empezó a subir la escalera de acceso, sin soltar a su prisionera. Cuando llegó a la escotilla se volvió un momento.

—Coronel, la vida de Damaris responde de su inactividad —añadió.

—Buena idea, Lenn —aprobó Dall.

—Esto no me gusta —mascullό Kervit.

—¿Acaso preferirías entregarte como un cordero? —dijo Arphol despectivamente—. Vamos, haz despegar a la nave inmediatamente.

—Está bien —se resignó el joven—. Antho, cierra la escotilla, Lenn, tienes el camarote número quince. Llévate a la prisionera.

Damaris le miró fijamente.

—¿No me suelta, capitán? Le prometo que Renart les dejará partir...

Arphol la empujó brutalmente.

—Ni lo sueñes, preciosa —exclamó—. Vamos de una vez, Jan, maldita sea.

Kervit apretó los labios. Era preciso reconocer que la idea de Arphol había dado su resultado. Pero, a pesar de todo, no le gustaba el hecho de llevar consigo a la hija de Ithor I.

Y, sin embargo, ya no podían retroceder. Damaris era su seguro de vida. Nadie se atrevería a causar el menor daño a la nave, temeroso de matar a la hija de Ithor. No se podía negar que Arphol había tenido una buena ocurrencia al tomar a Damaris como rehén.

Antes de abandonar la escotilla, lanzó una última mirada al exterior. Renart aparecía con las facciones contraídas por la rabia. A su lado, Unyx seguía sonriendo, sin abandonar su maquiavélica expresión.

Kervit comprendió al mercader. Unyx era hombre astuto y le gustaba estar a bien con todo el mundo. De pronto Kervit vio que Unyx le hacía un guiño disimulado. El joven contestó con un imperceptible parpadeo.

Luego, dio media vuelta y corrió hacia la cabina. Conectó el interfolio general:

—¡Atención todo el mundo! —gritó—. Vamos a despegar inmediatamente. Emplearé los propulsores de sobrepotencia El arranque resultará un poco brusco, pero no habrá daños físicos y, lo que es mejor, no podrán seguirnos. Eso es todo.

Sus dedos volaron veloces sobre el teclado de control. Cuando todas las luces estuvieron en verde, presionó una tecla y la nave se elevó instantáneamente, perdiéndose en la negrura de la noche espacial.

## CAPÍTULO IV

Volaban a velocidades inconmensurables en el hiperespacio. La Sin Retorno era una nave magnifica. Unyx no le había engañado, se dijo Kervit, aunque, para quedar bien con Renart, hubiese delatado su proyecto de fuga, Pero le había facilitado un aparato como había pocos, pensó, mientras, satisfecho de la marcha de los acontecimientos, conectaba el piloto automático. A partir de aquel momento, dispondrían de una semana entera de casi total holganza, antes de la primera parada en Dihane XII.

Alargó la mano y presionó una tecla:

—Amigos, habla Kervit —dijo—. Por favor, reunión general en el salón comedor.

Cerró el interfono y se puso en pie. Los pasajeros fueron llegando poco a poco. Hubo felicitaciones, abrazos, palabras de alegría... Ninguno se arrepentía del paso que habían dado y que, estaban seguros, les llevaría a la libertad.

Arphol apareció el último.

—¿Dónde está Damaris? —preguntó Kervit.

—La he dejado en mi camarote —contestó Arphol—, Cerrada con llave, por supuesto.

—Eso no es necesario. Ella no puede escaparse. Lenn.

—Me pareció que era lo más conveniente. Jan.

—A partir de ahora, «tu» camarote será «su» camarote. Hay de sobra en la nave. Dame la llave, por favor.

Hubo un leve chispazo de cólera en los ojos de Arphol, pero aceptó la decisión sin rechistar. Kervit entregó la llave a la señora Dall.

—Syra, tráela, por favor —rogó—. Creo que es conveniente que Damaris asista a esta reunión.

—Muy bien, Jan.

Syra se marchó, para volver a poco con la joven. Los ojos de Damaris brillaban de cólera.

—Supongo que te das cuenta de lo que has hecho al secuestrarme, capitán —dijo—. Mi padre no perdonará jamás esta ofensa, te lo aseguro.

Kervit se encogió de hombros.

—Estamos desesperados y vamos en busca de la libertad o de la muerte —respondió—. Tú has nacido en sábanas con el sello imperial y no puedes comprendernos. Pero quiero que sepas una cosa: tu presencia aquí, me disgusta tanto o más que a ti misma. Sin embargo, ya no podemos volvernos atrás, tienes que viajar con nosotros, eso es todo.

—Algún día, supongo, podré regresar a Urton 8 —dijo ella.

—Ese día está aún muy lejano. No te preocupes de momento por el porvenir.

—Ya —contestó Damaris sarcásticamente—. Y, dime, por favor, ¿qué sucederá si no encontráis la Tierra?

—De eso, precisamente, quería hablar al convocar esta reunión. Si tienes la bondad de escuchar con atención, te enterarás de todos nuestros planes. A fin de cuentas, ya no podemos ocultarte nada.

Damaris cruzó los brazos sobre el pecho.

—Muy bien, empieza cuando gustes.

De pronto, Arphol levantó una mano:

—Es curioso —observó—. A mí no se me había ocurrido la idea, pero alguien me llamó por videófono y me sugirió que tomase a Damaris como rehén. No sé quién es, porque ocultó su rostro y no pude reconocer la voz. Pero sea quien sea, me dio la solución. Jan, ¿se te ocurre a ti algún nombre...?

Kervit pensó inmediatamente en el astuto Unyx, aunque prefirió reservarse para si sus sospechas.

—No, no sé quién pudo ser —contestó, sabiendo que mensa—. Pero, dime, ¿cómo pudiste secuestrarla?

—Oh, fue sencillo —rió Arphol—. Ella tiene una «suite» en la Fundación. Y yo, como archivero, también tengo allí mi residencia.

—Comprendo. Gracias, Lenn. —Kervit extendió los brazos—. Y ahora, amigos, vamos a hablar de nuestros planes y yo os diré cuanto se acerca sobre el particular y de la ruta que me aconsejaron que era la mejor para intentar alcanzar la Tierra...

Los planes del joven fueron aprobados sin mayores inconvenientes. Sólo Dangloss formuló una objeción:

—Jan. Alguien te ha ayudado, no cabe la menor duda, y pienso que hizo un doble juego para cubrirse. Pero, ¿no temes que ese mismo personaje haya revelado a Renart tus proyectos?

—Es muy posible, en efecto —convino el joven—. Pero la nave dispone de sobrepotencia, lo que nos permitiría escapar en cualquier momento. Además, durante las escalas, montaremos turnos de vigilancia, para evitar sorpresas desagradables.

—Intentarán rescatar a la hija de Ithor —alegó Loona

Myrr.

—Cuenta con ello, pero no lo conseguirán —respondió Kervit firmemente.

Miró a la joven y ella le devolvió la mirada.

—No me comprometo a nada —declaró Damaris—. Si puedo, me escaparé.

Kervit se inclinó.

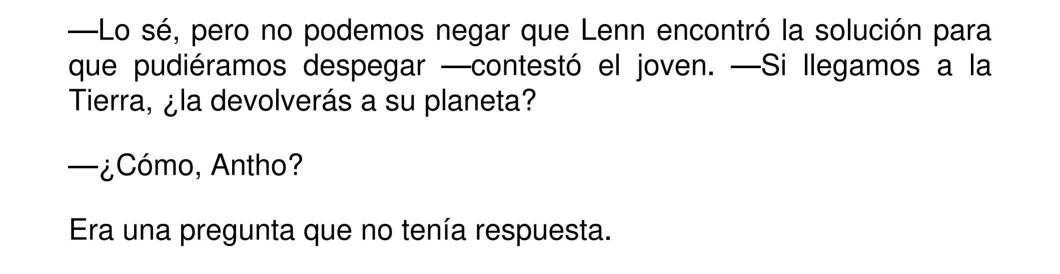
—Estás en tu derecho —contestó—. Pero ya procuraremos vigilarte en todo momento.

Le entregó la llave que había arrebatado a Arphol.

—Puedes moverte por dentro de la nave con entera libertad —añadió.

Damaris levantó la barbilla y se marchó sin añadir una sola palabra. Dall meneó la cabeza.

—Tendremos problemas, Jan —murmuró.


—Lo sé, pero no podemos negar que Lenn encontró la solución para que pudiéramos despegar —contestó el joven. —Si llegamos a la Tierra, ¿la devolverás a su planeta?

—¿Cómo, Antho?

Era una pregunta que no tenía respuesta.

* * *

Ocho días más tarde, Dall penetró en la cabina de mando.

—Eso es Dihane XII —supongo.

Kervit sonrió.

—Lo has adivinado, Antho —contestó.

Los dos hombres contemplaron el disco redondo, de color verde azulado, con manchas blancas, que brillaba refulgentemente en la noche espacial. Dall suspiró.

—Un mundo maravilloso, Jan.

—Sí, pero sólo permaneceremos en él lo suficiente para la recarga de generadores.

—¿Mucho tiempo?

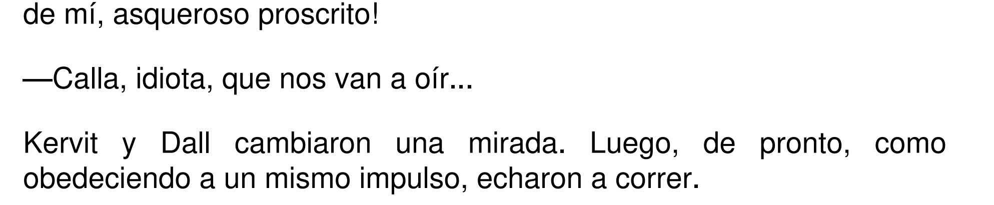
—Debemos recargar, primordialmente, la sobrepotencia. Tras el despegue, volamos con normalidad, pero hemos de estar dispuestos a escapar en cualquier momento.

—Comprendo.

—La recarga de sobrepotencia nos llevará de tres a cuatro días. Independientemente, recargaremos los demás generadores...

De pronto, se oyó un agudo grito a través del interfolio:

—Estúpido, ¿quién te has creído que eres? ¡Aparta tus sucias manos



de mí, asqueroso proscrito!

—Calla, idiota, que nos van a oír...

Kervit y Dall cambiaron una mirada. Luego, de pronto, como obedeciendo a un mismo impulso, echaron a correr.

El joven llegó primero al camarote de Damaris. Abrió la puerta de golpe y vio a Damaris que forcejeaba con Arphol.

Los ojos de Arphol estaban encendidos por la pasión.

—Quieta, tonta —dijo—. Ahora ya no eres nadie aquí, sólo una mujer, muy hermosa, y yo soy un hombre...

Kervit apreció que Damaris tenía las ropas desgarradas. Sus hermosos senos estaban al descubierto. Resultaba fácil comprender las intenciones de Arphol.

Furioso, saltó hacia adelante, agarró al sujeto por los hombros y tiró con fuerza hacia sí. Arphol se tambaleó, sorprendido por el inesperado ataque.

—¿Qué diablos...?

Kervit lo hizo girar, mediante otro tirón con la mano izquierda. Luego disparó el puño derecho.

Arphol se derrumbó como una masa inerte. Kervit se inclinó, tiró de sus tobillos y lo sacó fuera.

—Antho, será mejor que lo encierres en su camarote —dijo—. Luego hablaré yo con él.

—Está bien, Jan —contestó Dall.

Damaris se cubría los senos con los brazos. Kervit dio un paso hacia atrás.

—Lo siento —dijo—. No volverá a suceder.

—Esto se habría evitado, si me hubiesen dejado en Urton 8 —contestó ella agriamente.

—La idea no fue mía.

—Pero la aprobó después.

—¿Podía hacer otra cosa? Si, al menos, quisiera comprendernos...

—No, no quiero comprenderles ni me interesa —cortó Damaris fríamente—. Ustedes son unos secuestradores y si mi padre les pone la mano encima algún día, hará que les corten la cabeza a todos.

Kervit hizo un gesto de pesar.

—Y yo que llegué a creer que era distinta a los demás urtonitas... —murmuró.

—Soy la hija de Ithor —dijo Damaris orgullosamente.

—Bastarda —intervino alguien de pronto.

Kervit se volvió.

—¿Cómo?

Luod Nevox sonreía junto a la puerta.

—Ithor I tiene buenas cualidades. Por ejemplo, reconoce siempre a sus hijos, cualquiera que sea la madre. ¿No sabias que la madre de Damaris no es la esposa legitima del emperador?

—No se me había ocurrido pensar... —Kervit se volvió hacia la joven —, ¿Es verdad? —inquirió.

Damaris levantó la barbilla.

—Mi padre quiere por igual a todos sus hijos, independientemente de su origen —respondió.

—Eso habría que verlo —dijo Kervit con cáustico acento—. Luod, gracias por tu informe.

—Todavía hay más —añadió Nevox—. Esa chica debería bajar un poco sus humos, si conociera el verdadero origen de su madre.

—Murió cuando yo era muy niña —declaró Damaris.

—Y era hija de unos proscritos.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Kervit soltó una risita.

—Luod, aparte de ti y, supongo, tu esposa, ¿quién más lo sabe?

—Nadie, Jan. Tú y ella, claro.

—No lo repitas, por favor.

—Descuida.

Kervit volvió a mirar a la joven. Damaris estaba roja de vergüenza.

—No divulgaremos tu secreto —finalizó el incidente.

* * *

—Arphol, si sigues creando conflictos, tendré que hacer una propuesta a los demás acerca de tu futuro —dijo Kervit horas más tarde.

Arphol se frotó la mandíbula.

—Lo siento —se disculpó—. Perdí la cabeza... Es muy guapa, qué demonios...

—Eso no justifica una acción innoble —contestó el joven severamente —. Hombre. Lenn, tú eres bastante apuesto. Si te gusta, ¿por qué no intentas conquistarla?

—¿Quieres saber!a verdad, Jan? Sé que te costará creerlo, pero las cosas no ocurrieron como parecían.

—¿Qué es lo que tratas de decirme, Lenn? —se extrañó Kervit.

—Ella me llamó a mi camarote. Tú y Dall llegasteis porque nos escuchasteis a través del interfono, ¿verdad?

—Así fue, en efecto.

—Bueno, pues lo abrió la propia Damaris, disimuladamente, claro, cuando se convenció de que no lograría nada de ni. Quiso comprarme, Jan.

—¿Comprarte, Lenn?

—Sí. Me ofreció diez megalibras si os traicionaba y hacía volver la nave a Urton 8. Como me negué, se rasgó las ropas y luego me abrazó y empezó a gritar... En fin, tú viste lo que pasaba y, te lo juro, eran sólo apariencias. Una estupenda comedia, créeme.

Perplejo, Kervit se rascó la mejilla con el pulgar. Sí, parecía un argumento razonable, se dijo.

—Está bien —habló al cabo—. Otra vez, procura que eso no suceda...

—De todas formas, no pienso llegar solo a la Tierra —dijo Arphol.

—¿Qué estás diciendo, Lenn?

—Piensa en nuestra situación. Todos los demás tienen su pareja femenina. ¿Qué haremos tú y yo en la Tierra, sin una mujer al lado? Emigramos para fundar un nuevo sistema, ¿verdad? Una ciudad, habitantes que trabajan, niños que nacen, crecen y se casan cuando les llega la edad para ello... Pero, ¿y nosotros dos? Si cada emigrado tiene ya su mujer, ¿quién nos proporcionará a nosotros una esposa?

Kervit, preocupado, asintió.

—En eso tienes razón, pero no sé qué podemos hacer, Lenn —dijo.

—Yo sí lo sé. En Mabrux-K hay tribus salvajes. Son gente bien parecida, aunque, como digo, salvajes por completo. Viven distribuidos en tribus independientes y, casi todas, distantemente en guerra las unas con las otras. Su deporte favorito es el rapto de mujeres jóvenes y en edad de procrear. No les extrañará que falte una.

—¿Cómo lo sabes, Lenn?

Arphol sonrió maliciosamente.

—Era archivero de la Fundación —contestó—. Allí se aprenden muchas cosas, Jan. Se encaminó hacia la puerta.

—No volveré a acercarme más a Damaris, pero, por Dios, no intentes impedirme que rapte una esposa en Mabrux-K. Te mataría. Jan Kervit.

—No te lo impediré, Lenn. Arphol soltó una risita.

—Así seguiremos siendo amigos —se despidió.

## CAPÍTULO V

La nave tomó tierra en una llanura despejada, batida por los feroces rayos de la estrella que era el sol de aquel sistema. Algunos se quejaron.

—A diez kilómetros he visto un bosque y un rio —dijo Nevox.

—Lo sé —contestó el joven—, Pero necesitamos la energía que se desprende de Dihane I, que es el sol que tenemos sobre nosotros. El bosque tiene los árboles muy grandes y algunos, incluso, podrían cubrir la nave.

Las antenas de captación de energía salían ya a la superficie. Los mecanismos automáticos orientarían sus semiesferas a medida que el sol se moviese en el cielo.

—Al menos, podríamos ir a ver si cazamos algo —dijo Dall.

—No hay inconveniente, con tal de que seáis prudentes.

Está bien. Vamos, Luod.

Los dos hombres se marcharon. Kervit quedó en la cabina, revisando los instrumentos. Al cabo de unos minutos, oyó una voz:

—¿Puedo pasar?

Kervit se volvió.

—Entra —accedió.

Damaris avanzó unos pasos.

—Querría hablar contigo —manifestó.

—Muy bien. Siéntale por ahí —invitó él—. ¿De qué se trata?

—Me gustaría enviar un mensaje a mi padre. Al menos, que sepa que

estoy bien.

—Damaris, no me tomes por tonto. Lo que me pides es imposible. Los sabuesos de tu padre nos localizarían tañed latamente.

—Pero... podría pedirle que cesara en su persecución...

—Lo siento, no quiero correr riesgos.

—También podrías hacer otra cosa.

—¿Sí?

—Abandóname aquí, con un emisor automático. Puedes, incluso, ponerlo en funcionamiento por control remoto, veinticuatro horas después de que la nave haya zarpado. Entonces, ya no podrán perseguirte.

Kervit se acarició el mentón.

—Tengo que pensármelo —contestó.

—Tú eres el capitán —exclamó Damaris.

—Sí, pero hay decisiones que no puedo tomar sin el consentimiento de los demás. Lo propondré por la noche, durante la cena, y te someterás a la voluntad general.

Damaris, despechada, se puso en pie.

—Creí que tendrías más iniciativa —dijo.

—Iniciativa, no sé, pero vergüenza, más que tú, desde luego.

—¿A qué te refieres? —se extrañó la joven.

—Arphol me lo contó todo. Hiciste muy bien la comedia y nos engañaste a todos. Cuando te diste cuenta de que no podías sobornarlo, quisiste introducir conflictos en la nave, simulando un intento de violación que sólo existió en tu mente.

Damaris, estupefacta, abrió la boca.

—Pero, ¿qué tonterías estás diciendo? ¡Arphol intentó abusar de mí...!

—Será mejor que me dejes continuar mi trabajo —cortó él fríamente

—. No tengo ganas de seguir discutiendo un asunto que ya está zanjado de forma satisfactoria.

—De modo que crees que yo fui...

Los ojos de la joven chispearon de furia. Súbitamente, sin previo aviso, movió la mano y le asestó una tremenda boleada. Kervit, sorprendido, cayó de nuevo sobre su sillón.

—¡Damaris! —rugió.

Pero ella abandonaba ya la cámara y no quiso hacerle el menor caso. Furioso, Kervit se preguntó cuál de los dos le había dicho la verdad.

Realmente, no conocía bien a Arphol y menos aún a Damaris. Y aunque conocía los sentimientos de la joven hacia los proscritos, se inclinaba a creer más a Damaris que a su copiloto.

* * *

Examinó los indicadores y comprobó que todo estaba en orden. Ya podían despegar.

Conectó el interfono:

—Habla Kervit —dijo—. Los generadores están recargados. Podemos zarpar inmediatamente. ¿Falta alguien?

—Jan, tendremos que esperar un poco —contestó Dall por el mismo medio—. Faltan los Rendhow.

—¿Dónde están?

—Salieron muy temprano a cazar. Prometieron volver antes de que se hiciera de noche.

Kervit maldijo en silencio.

—Conectaré la sirena —manifestó—. No me gusta continuar aquí por más tiempo cuando sé que podemos despegar en cualquier instante.

Presionó una tecla, movió el mando de control de intermitencia y fuera de la nave empezaron a oírse potentes sonidos, que alcanzaban hasta veinte kilómetros de distancia. Cada sirenazo tenía una duración de cuatro segundos y estaba separado del siguiente por un intervalo de cinco segundos. Kervit hizo un gesto de enojo.

Dall asomó por la puerta.

—Podemos estar preparados para cuando aparezcan —dijo.

—Sí, pero ellos sabían que hoy terminaría la recarga —contestó el joven malhumoradamente—, ¿Por qué diablos tenían que salir de caza, si no faltaban provisiones?

—Son jóvenes y despreocupados...

—Eso no justifica en modo alguno su actitud. Me parece que cuando lleguemos a Mabrux-K tendré que confinarlos en su camarote, mientras recargamos.

—Sí, puede ser un castigo adecuado —convino Dall.

Transcurrió media hora. Kervit empezaba a ponerse nervioso.

—Antho, quédale un momento —pidió—. Voy al lavabo; si ves a los Rendhow, corta la sirena.

—Descuida.

Kervit dejó la cabina de mando. Tuvo que lavarse las manos, húmedas de sudor, a causa del nerviosismo que sentía. Cuando se las secaba en el chorro de aire caliente, oyó el rápido tintineo de una campana.

—¡Maldición, se acerca una nave! —gruñó.

Abandonó el lavabo y corrió hacia la cámara de mando. De pronto, vio una figura que corría delante de él.

Damaris estaba a punto de alcanzar la escotilla, abierta en aquellos momentos. Kervit dio un par de saltos, agarró el brazo de la joven y tiró con fuerza hacia atrás, derribándola al suelo. Luego accionó el mando de cierre de la escotilla.

—¡Jan. vienen los Rendhow! —gritó Dall en aquel momento.

Los tañidos de la campana continuaban incesantemente.

—¡También se nos acerca una nave extraña! —contestó el joven a grandes voces.

Damaris se levantó y le golpeó en el pecho con ambos puños. Kervit la rechazó violentamente.

—¡Déjame, déjame! —gritó ella.

—Ni lo sueñes —contestó Kervit—, ¿Crees que voy a dejar que tus esbirros nos abrasen vivos?

Myrr apareció en aquel instante.

—¿Qué pasa. Jan?

—Llévatela —rugió el joven—. Quería escaparse, ¿comprendes?

—Ven, muchacha —dijo Myrr persuasivamente.

Tranquilo al respecto, Kervit corrió hacia la cabina de mando.

—¡Jan, veo la nave! Parece un bote auxiliar...

Kervit se situó de un salto ante los mandos.

—¡Dónde están los Rendhow? —preguntó.

—Allí, todavía a mil metros...

—No podemos perder ya más tiempo —dijo el joven.

—¡Cuidado! —chilló Dall—. La nave enemiga se nos echa encima.

Kervit levantó la vista. A menos de quinientos metros, un aparato, en forma de lenteja alargada, descendía raudamente hacia ellos.

Tesha y Rol Rendhow estaban aún a unos ochocientos metros de distancia. Corrían desesperadamente, a la vez que hacían señas para que les aguardasen.

De súbito, dos rayos de luz blanquecina descendieron de la nave atacante, encaminándose rectamente hacia la pareja de proscritos. Rol y su esposa se convirtieron instantáneamente en unas estatuas de fuego rojo, que ardieron con vivas llamaradas durante unos segundos.

Ennegrecieron con gran rapidez y se convirtieron en humo antes de

que hubiera transcurrido un cuarto de minuto. Dos columnitas de humo apestoso subieron a lo alto, dispersándose en la atmósfera con gran rapidez.

—Oh, no... —se lamentó Dall.

—Las primeras bajas —gruñó Kervit.

Movió una palanca y la astronave saltó brutalmente hacia arriba.

—¡Llevamos rumbo de colisión! —gritó Dall alarmado.

—Lo sé —contestó el joven sombríamente.

La Sin Retorno era una nave gigantesca. Medía casi quinientos metros de largo por unos sesenta de diámetro. Gran parte de su espacio interior, sin embargo, quedaba ocupado por los generadores de propulsión y los tanques de combustible para momentos de emergencia. Menos de una quinta parte estaba destinado a habitáculo y almacén de provisiones y pertrechos.

Pero la otra nave era prácticamente un aeromóvil, que sólo podía moverse en espacios subplanetarios. Cuando se produjo la colisión, y aunque sólo fue un ligero roce, el bote lio una tremenda voltereta en el aire.

Sus dimensiones eran mucho más reducidas, unos treinta y cinco metros de largo, por doce de ancho y tres o cuatro de grueso. El piloto perdió el control y el bote empezó a caer al suelo.

El choque se produjo instantes más tarde. Hubo un gran fogonazo, un enorme chorro de humo y polvo y eso fue todo.

—Al menos, Tesha y Rol están vengados —dijo Kervit.

—Sí, pero habrá una nave nodriza sobre nosotros...

—La eludiremos —contestó el joven.

Y conectó los generadores de sobrepotencia.

* * *

Permanecía silencioso, con la vista fija en aquella grisácea penumbra que era el hiperespacio, por donde se movía la astronave a velocidades inimaginables, cuando, de pronto, vio brillar una lámpara en el cuadro de mandos.

Alargó una mano y dio el contacto al interfono.

—Habla Kervit —dijo.

—Jan, ven al salón —pidió Dall.

—Está bien.

Kervit se levantó. Cuando llegó al salón, vio que se habían reunido todos los pasajeros de la nave, incluidos Arphol y Damaris.

Había caras serias. La situación le pareció muy tensa.

—¿Sucede algo? —inquirió.

Dall se puso en pie.

—Jan, hemos acordado esta reunión para que cada uno pueda expresar sus ideas acerca de tu comportamiento —declaró—. Entiéndelo bien; no se trata de un juicio, sino de que todos podamos manifestarnos con respecto a lo que ha sucedido hoy. Una crítica no es una acusación necesariamente.

—Me considero inocente de lo ocurrido —respondió Kervit con voz tensa.

—Pensabas despegar sin los Rendhow —acusó Arphol.

—Es cierto.

—Jan, no puedes actuar así, dictatorialmente, abandonando a uno de nosotros a su suerte —dijo Thapp Hangloss—. Eda y yo creemos que pudiste haber esperado perfectamente a Tesha y Rol.

—¿Esperarlos? Murieron antes de que pudiera hacer nada por ellos —protestó el joven.

—Es cierto —intervino Nevox—. Pero si los hombres del emperador no hubieran disparado contra ellos, tú habrías continuado con la maniobra del despegue, ¿no es cierto?

—Lo admito, no tengo por qué negarlo. Pero quiero que sepáis una cosa; no puedo poner en riesgo la nave y la vida de los demás, por las imprudencias de los menos.

—Habían salido a cazar —dijo Arphol.

—Se les advirtió que no tardasen; estábamos prontos para despegar. Esperamos casi hasta el atardecer —se defendió el joven—. Si hubiesen vuelto tan sólo media hora antes, y deberían haber regresado al mediodía lo más tarde, ahora estarían vivos.

—Supongamos que los soldados de Ithor no hubieran disparado contra ellos. ¿Los habrías abandonado igualmente, teniendo a la otra nave en las inmediaciones? —preguntó Myrr.

—Sí —contestó Kervit rotundamente—. Escuchadme todos; conozco bien esos aparatos pequeños... Había dos de ellos cuando nos disponíamos a despegar de Urton 8. Cada nave estaba artillada con dos piezas de setenta y cinco. Habrían bastado cuatro o cinco disparos, para dejarnos «clavados» aquí, en Dihane... Y no podríamos tener siempre a Damaris como rehén, ni tampoco asesinarla, porque entonces ya no tendríamos su protección. Todavía más —añadió apasionadamente—; si ahora tuviese que repetir mis acciones, lo liaría sin vacilar, pensando siempre en el bien de la mayoría. Insisto en que la culpa fue de los Rendhow...

—Es tu punto de vista, no el nuestro —le interrumpió Arphol—. El caso es que la nave de Ithor no disparó contra nosotros, pudiendo haberlo hecho. ¿Tienes alguna idea de los motivos de esa inhibición? Disparando contra la popa, no habrían causado el menor daño a Damaris y, en cambio, nos habrían inmovilizado a nosotros. Luego, sólo habrían tenido que esperar a que nos rindiésemos, para rescatarla sana y salva. Contesta, Jan, por favor.

—No tengo respuesta para esa pregunta —declaró Kervit orgullosamente—. Pero nadie me hará pensar que no hice lo que debía. Y escuchadme bien: Todavía quedan dos escalas. Si alguien comete una imprudencia semejante, se quedará en tierra cuando llegue la hora del despegue.

—Esa es una decisión que no podrás tomar tú —dijo Dall—. A partir de este momento, te limitarás al gobierno de la nave, pero obedeciendo en todo instante las órdenes que recibas de nosotros y acordadas en asamblea.

—Por tanto, si en determinadas circunstancias te ordenamos despegar o bien permanecer en tierra, lo harás —añadió Arphol.

Kervit miró sucesivamente a todos los presentes. No le gustaba en absoluto lo que estaba sucediendo y no por el orgullo de verse de pronto despojado del mando, sino por que preveía futuros conflictos de muy difícil solución. Todos querrían mandar, nadie obedecería y...

—¿De acuerdo. Jan? —preguntó Myrr, en vista de su silencio.

Era inútil formular advertencias, pensó el joven. No le harían caso y lo tomarían como despecho por la decisión adoptada. Entonces, hizo lo único que podía en aquellos momentos.

Inclinándose, dijo:

—Acataré las decisiones de la mayoría.

## CAPÍTULO VI

Sentado en su butaca, contemplaba distraído el tétrico ambiente que había al otro lado de las lucernas, el gris penumbroso que indicaba el hiperespacio, en donde, por viajar a velocidades infinitamente superiores a la de la luz, no se podían divisar las estrellas. Los instrumentos no señalaban ninguna anormalidad y todo parecía marchar a la perfección.

De pronto, oyó una voz a su izquierda.

—Te dieron un buen revolcón —dijo Damaris.

Kervit no se molestó en cambiar de postura.

—Tú te alegrarías, me imagino —contestó.

—Me dejó fría. De todos modos, nadie pensó en dar la orden de regreso. Pero te pusieron en tu sitio.

—¿Tú crees?

—Se vio bien claro, Jan. ¿O vas a negarlo ahora?

—Depende del pensamiento de cada cual —respondió él—. Pero las decisiones en asamblea, y en estas circunstancias, no son nunca las mejores. Siempre se necesita un «leader», un guía...

—Claro, tú —dijo Damaris sarcásticamente.

—¿Por qué no?

—¿Y por qué mi padre no puede ser el guía de Urton 8? De modo que os vais de mi planeta, por no poder soportar una supuesta tiranía y, en cuanto se presenta la ocasión, uno de vosotros se convierte en un tirano, capaz de disponer de las vidas de sus semejantes. ¿No es delicioso, «capitán»?

Kervit se irguió en el asiento.

—¿Lo ves así, Damaris?

—¿Podría verlo de otro modo? —rió la joven burlonamente—. Me gusta esa decisión. Cuando muchos mandan, nadie obedece; la anarquía sobreviene indefectiblemente y se produce la ruina del grupo humano en esas circunstancias. Me divertiré mucho cuando tengáis que regresar, fracasados, humillados y cubiertos de ridículo ante vuestros propios amigos. Sí, será divertido.

—Sobre todo, cuando tu padre ordene cortarnos las cabezas a todos. Estarás presente en la ejecución, supongo.

—¿Por qué no? —Damaris se echó a reír—. ¡Cómo estoy disfrutando con lo que sucede a bordo de la nave! ¿Sabes cuál es la última proposición que alguien ha hecho para la próxima asamblea? Se discutirá inmediatamente antes del aterrizaje en Mabrux-K y tú tendrás que acatar la decisión de la mayoría, por mucho que te disguste.

—Bien, ¿por qué no me dices en qué consiste esa propuesta?

—Hay salvajes en Mabrux-K. Quieren capturar unas cuantas docenas, para disponer en la Tierra de abundante mano de obra.

—¡Eso es tráfico de esclavos! —se horrorizó el joven.

—Una antigua costumbre terrestre. Jan.

—¿Cómo lo sabes?

—Me vendiste doce cintas con la historia de la Tierra, recuérdalo. Y tuve tiempo de verlas todas. Ahora, en la Tierra, no hay nadie y más de uno de los que viajan aquí no está acostumbrado a usar sus músculos para trabajar. La mayoría es gente calificada, con títulos; apenas tres o cuatro conocen lo que es un pico y una pala. ¿Por qué no disponer de cincuenta esclavos que hagan las tareas más penosas?

Kervit entornó los ojos.

—¿Quién ha hecho la proposición? —preguntó.

Damaris rió burlonamente.

—Adivínalo —contestó.

—No me siento capaz...

—Entonces, espera a la próxima asamblea. Yo también asistiré, aunque sin voz ni voto. Tú sí podrás votar, naturalmente; formas parte de los esclavizados hombres-T, quienes, ahora que han recobrado la libertad, quieren esclavizar a otros seres libres, por el simple hecho de ser unos salvajes. Bueno, eso te enseñará que en todo suceso humano, hay siempre dos puntos de vista. Y quizá un día llegues a comprender que las leyes dictadas por Ithor eran más justas de lo que pensabais tú y tus amigos.

Damaris volvió a reír y se marchó. Kervit, abrumado, intentó retenerla para que le diese más detalles, pero la joven salió antes de que pudiera hacer el menor gesto.

Al quedarse solo, Kervit empezó a reflexionar.

Alguien calentaba los cascos a los pasajeros. Todos ellos habían cambiado notablemente. Ahora ya se sentían seguros, aunque no hubiesen llegado a la Tierra ni tuviesen idea del lugar en donde podrían encontrarla. Pero alejados del peligro que eran los hombres del emperador, empezaban a reaccionar y no precisamente como él hubiera deseado.

De pronto, sonrió.

Habla encontrado la solución. No habría tráfico de esclavos en las inmediaciones del siglo LII, en el año cinco mil diez de la era cristiana.

* * *

Mabrux-K se hizo visible a ojo desnudo, radiante como una gema esférica, deslumbrante bajo los rayos de su sol. Aún quedaba otra etapa, pero la salvarían sin dificultad, pensó Kervit, mientras maniobraba suavemente para acercarse a la atmósfera del planeta.

De pronto, vio la señal de llamada y conectó el interfono.

—Kervit —dijo.

—Jan, asamblea —indicó Dall—. Convendría que te reunieses con nosotros.

—No será necesario. Puedo ver y oír desde la cabina de mandos. Acataré la decisión que toméis.

—Está bien.

Pasaron unos minutos. Empezaron a sonar voces en el salón. A través de una pequeña pantalla, cuyas imágenes recogía una cámara orientable por control remoto, Kervit podía apreciar los rostros de todos los pasajeros, captando así no sólo sus palabras, sino también sus expresiones.

La discusión se prolongó por espacio de un cuarto de hora. Al fin, Dall pidió que se votase la propuesta.

—Los que estén a favor deberán levantar la mano —dijo.

Había veintitrés personas, más Damaris, que no tenía derecho a voto. Dieciocho manos se levantaron en el acto. Cinco permanecieron inmóviles.

—Faltas tú. Jan —indicó Dall.

—Mi voto es negativa, Antho —contestó el joven.

—Muy bien, pero, de todos modos, es preciso acatar la decisión de la mayoría. Personalmente, me disgusta lo que vamos a hacer y debo añadir que no tendré esclavos en la Tierra, pero no puedo por menos

que aceptar el voto mayoritario. Aterriza. Jan.

—No.

Hubo un momento de silencio. Arphol se situó frente a la cámara.

—Jan, creíamos haber establecido ciertas condiciones para que siguieras pilotando la nave —dijo—. Debes obedecer las decisiones tomadas por votación. ¡Aterriza!

—En este caso, mi voto es decisivo. No aterrizaremos en Mabrux-K.

—¡Por todos los diablos! —estalló Arphol—. ¿Quieres que te arranquemos de ahí a viva fuerza? ¿Es que pretendes convertirte en lo que queríamos evitar, esto es, en un dictador?

—En el presente caso si —contestó Kervit, imperturbable—. Puede que me consideres como un dictador, pero si huimos de Urton 8 por no ser esclavos, ¿con qué derecho vamos a hacer esclavos a otros seres que son tan libres como nosotros?

—¡Son salvajes!

—También lo fuimos nosotros hace treinta o cuarenta mil años, pero acabamos aboliendo la esclavitud. Decididamente, no aterrizaremos en ese planeta que tenemos a la vista.

Arphol se volvió hacia los demás.

—Iremos a la cámara a reducirle —dijo—. Yo puedo pilotar para el aterrizaje...

—No te molestes, Arphol. He cerrado la puerta de la cámara y ni un cañonazo podría derribarla. Es cierto que tenemos algunos explosivos a bordo, ya que quizá podamos necesitarlos cuando nos instalemos en la Tierra, pero no querrás causar averías irreparables en la nave o abrir un boquete por el que se escape el aire respirable, ¿verdad?

—Jan, no podrás seguir así mucho tiempo...

—El suficiente. Tengo agua y comida bastante para un par de semanas. He sacado las antenas de recarga y, aunque tardaremos el doble que en circunstancias normales, volveremos a disponer de los circuitos de sobrepotencia. No puedes abrir la puerta, tengo todo en «automático», podré dormir cuando se me antoje y no llevarás esclavos a la Tierra.

Arphol lanzó una espantosa maldición. Burlonamente, Kervit le sacó la lengua y luego cortó la comunicación. Eso le ahorró escuchar la sarta de juramentos proferidos por el despechado sujeto.

Pero también le impidió ver la sonrisa de aprobación que lucía en los rojos labios de Damaris D'Ithor.

* * *

La puerta se abrió bruscamente. Myrr, Hangloss y Nevox entraron en la cabina de mando.

—Jan, sal —ordenó el primero—. Hemos acordado que no vuelvas a pilotar la nave.

Kervit estiró los brazos.

—Ya era hora —sonrió—. Ahora podré dormir en mi cama, después de un buen baño. —Se pasó la mano por la barba, crecida de más de dos semanas—. También me afeitaré...

Arphol estaba en el umbral.

—¿Pilotarás tú, Lenn?

—Si —contestó el aludido ceñudamente.

—Muy bien. —Kervit hizo un ademán—. ¿Pensáis volver Mabrux-K en busca de esclavos?

—Ya no podemos retroceder —contestó Myrr—. Pero, por todos los diablos, cincuenta o sesenta pares de brazos nos habrían ido muy bien.

—Entonces, ¿por qué no convencisteis a más gente para que viniese en este viaje? Muchos habrían aceptado sin vacilar...

—Había que guardar el secreto —se defendió Myrr.

—Sí, pero no se pudo guardar y el coronel Renart estuvo a punto de impedir el despegue. Alguien nos traicionó, me imagino.

—No me mires así —dijo Arphol de mal talante—. Yo tuve la idea de secuestrar a Damaris...

—Sí, pero, ¿quién te la sugirió?

Arphol apretó los labios.

—Será mejor que te vayas y no vuelvas a poner los pies en esta cabina —contestó.

Kervit hizo un amplio ademán.

—Es toda tuya «capitán» —se despidió.

Hangloss meneó la cabeza.

—No sé, no sé... pero me parece, que en el fondo, tenía razón. Si nosotros huimos de la esclavitud, ¿por qué esclavizar a otros?

—Los necesitábamos —chilló Arphol—. También habríamos llevado hembras...

—Eso ya es imposible. Ahora, lo que debes hacer es ocuparte del gobierno de la nave y procurar llegar sin daños a la última etapa antes de la Tierra.

—Lo conseguiré —aseguró Arphol, a la vez que sacaba el pecho orgullosamente.

La nave poseía sistema de gravedad artificial, lo que le permitió a Kervit meterse en una bañera repleta de agua caliente, en la que se relajó, después de quince días de no cambiarse de ropa ni asearse apenas. La expedición fracasaría, presintió tristemente. O tenían que regresar o se perderían en el espacio infinito...

—Esta vez fuiste tú el que les dio un buen revolcón —dijo Damaris desde la puerta del baño.

Kervit volvió la cabeza.

—¿Te gustó?

—Estuviste magnífico. Francamente, no me imaginaba que hicieras una cosa semejante.

—Ah, ahora me aplaudes —dijo él, burlón.

—Aplaudo lo que considero justo —repuso Damaris—. Pero te has creado un mal enemigo.

—Nunca aprobé la presencia de Arphol a bordo de esta nave. Fue impuesta por otros.

—Se equivocaron, pero ya, no se puede remediar nada. ¿Qué tal te sientes convertido en un cualquiera?

—Uno siempre descansa cuando sabe que son otros los que tienen que tomar las responsabilidades.

—Sí, pero también se siente aprensivo si no confía en el que ha cargado con esas responsabilidades.

Kervit se encogió de hombros.

—Sinceramente, cuando emprendí el viaje, esperaba sufrir muchos inconvenientes. Incluso pensaba que podía perder la vida. Estoy resignado a lo que venga.

—¿Y no lucharás? —se asombró ella.

—¿Luchar contra la mayoría? Estás loca, Damaris.

—Me decepcionas. Creí que serías hombre capaz de imponerse a esas dos docenas de estultos, sin inteligencia ni iniciativa...

—Lo hice, cuando me ordenaron aterrizar en Mabrux-K. No puedo permanecer eternamente encerrado en una cabina de mando.

—A pesar de todo...

—Está hecho ya, Damaris. No insistas más, le lo ruego.

Ella hizo un gesto despectivo.

—Antes te odiaba. Ahora... te desprecio —dijo, a la vez que daba media vuelta.

Kervit lanzó una maldición en voz baja. Damaris les había permitido abandonar Urton 8, pero, al mismo tiempo, creaba una serie de conflictos que quizá no se solucionasen jamás, ni siquiera aunque consiguieran su problemático sueño: la llegada a la Tierra.

Pero ya no podía hacer nada por evitarlo. Los dados habían sido

arrojados sobre la mesa y el número conseguido significaba su derrota.

## CAPÍTULO VII

Varios días más tarde, volvieron a encontrarse en el salón, a «media tarde», según el horario oficial de a bordo.

—Parece que no te sientes muy contento de la situación —observó Damaris.

—Arphol es un piloto competente. No tengo nada que objetar a sus maniobras —respondió él.

—Pronto llegaremos a Felkus— 7 A. ¿Y después?

Kervit sonrió enigmáticamente.

—¿Por qué no esperas al aterrizaje?

—¿Qué te traes entre manos, Jan?

—No seas curiosa. Ya lo sabrás entonces. Es más, incluso permitiré que me acompañes.

—¿De veras?

—Desde luego. Es decir, si quieres...

—¿No temes que me escape?

—Sin una nave, ¿por qué iba a temerlo?

Está bien, te acompañaré. Con el permiso de la asamblea —respondió ella irónicamente.

—No hará falta tal permiso...

Repentinamente, estalló una horrible imprecación en alguna parte. Un hombre empezó a proferir espantosos insultos.

Damaris se alarmó. Kervit frunció el ceño un instante y luego echó a correr hacia el lugar del alboroto.

Segundos más tarde, divisó a un hombre en la puerta de un camarote. Kervit se preguntó qué podía pasarle a Zuggo Lorri para haberse enojado de tal manera.

—Maldita zorra —aullaba—. Has tenido que aprovecharte de mi ausencia, mientras yo estaba trabajando en el almacén... Y tú, bastardo asqueroso...

—Calma, calma, Zuggo —contestó alguien desde el interior del camarote—. Esto son cosas que pasan siempre entre hombres y mujeres. No te alteres tanto; a fin de cuentas, tú siempre puedes disponer de tu bella esposa, en tanto que yo debo acostarme en un lecho vacio a diario.

Kervit se quedó con la boca abierta. El que había hablado era Arphol. Nunca había visto cinismo semejante.

—Además, yo fui el seducido —añadió el piloto—. No quería, pero tu mujer me arrastró...

Arphol salía del camarote en aquel instante, abrochándose la hebilla del cinturón. Loco de ira, Lorri le asestó un terrible puñetazo que lo tiró de espaldas al suelo.

Sonó una espantosa maldición. Arphol sacudió la cabeza un instante. De pronto, se sentó en el suelo y metió la mano en el interior de la camisa.

—Hijo de perra —barbotó—. No volverás a pegarme en los días de tu vida.

Kervit lanzó un chillido al ver la pistola térmica, pero ya era tarde. Lorri también empezó a gritar, aunque no pudo acabar su alarido de pánico.

La temperatura se elevó horriblemente durante unos cortos instantes. Después de convertirse en una roja silueta, Lorri acabó en una apestosa nubecilla de humo negro, que fue aspirada muy pronto por el sistema automático de renovación de la atmósfera.

Todos los testigos de la escena permanecían como petrificados. En el interior del camarote se oyó un agudo sollozo femenino.

De pronto, Kervit saltó hacia adelante y golpeó la mano de Arphol, haciendo saltar por los aires la pistola. Luego le agarró por los brazos y lo empujó contra el mamparo.

—Maldito asesino... —bramó, lívido de ira—. Merecerías que te arrojásemos ahora mismo al espacio...

El miedo asomó a los ojos del sujeto.

—Yo... fue algo instintivo... Temí por mi vida...

—¡Zuggo estaba desarmado!

—Podía destrozarme con sus manos...

Dall tocó el hombro del joven.

—Jan, déjalo —ordenó—. Vamos a encerrarlo en el camarote. Luego nos reuniremos en asamblea para juzgar su delito.

Kervit se separó del piloto.

—Desde luego, pero no contéis con mi voto para nada —declaró colérico—. No me importa lo que hagáis con él; cualquier decisión será vuestra y de nadie más.

—Aceptamos la responsabilidad —respondió Dall—. Vamos, Lenn.

Arphol se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Antho, te juro que lo hice sin querer...

—Es inútil que te disculpes. Has matado a un hombre y tienes que sufrir el castigo que acuerde la asamblea. Permanecerás en tu camarote hasta nueva orden, ¿entendido?

—Sí, pero, ¿quién va a pilotar la nave, si Kervit se niega a hacerlo?

Dall frunció el ceño. No tardó en hallar la respuesta.

—Creo que ése es un asunto que ha dejado de interesarte —respondió.

Estaba tumbado en su cama, con las manos bajo la cabeza, silbando tenuemente, cuando oyó que se abría la puerta. Desde el umbral, Damaris dijo:

—Creo que ya han llegado a un acuerdo. Jan.

—¿De veras? No me importa en absoluto. Es más, si pudiera, me volvería inmediatamente a Urton 8...

—No digas tonterías. Te condenarían a muerte.

—Así acabaría antes, ¿no crees?

—Jan, estás resentido porque te bajaron los humos, pero tenían que hacerlo. Empezabas a tomarte demasiadas atribuciones, ¿sabes?

—Hice lo que creía mejor para el bien común —se defendió Kervit—. Pero en cuanto quisieron mandar todos, ya ves lo que sucedió.

—¿Y no crees que eso habría sucedido igualmente, aunque hubieras conservado el mando?

—Lo dudo mucho...

—Tú no puedes estar en todas partes a la vez. Arphol habría entrado de todas formas en el camarote de los Lorri, como hizo conmigo.

—Tú le provocaste. Damaris.

Los ojos de la joven se encendieron de cólera.

—Creíste sus explicaciones, ¿verdad? Bien, no voy a intentar sacarte de tu error, pero debes saber que no quise ser complaciente con él, como Wynia Lorri. Cualquier otra cosa que pudo haberte dicho, es mentira.

—Admitámoslo —respondió Kervit—. Pero...

Myrr apareció en aquel momento.

—Jan, se requiere tu presencia en el salón —dijo.

—Conforme. Rassell.

—Tú también puedes asistir, Damaris.

La joven hizo una leve inclinación de cabeza y salió al corredor. Luego, caminaron los tres hasta el salón, en tomo a cuya mesa se hallaban congregados los pasajeros, incluso Wynia, en cuyo rostro había abundantes señales de lágrimas.

Arphol estaba en uno de los extremos de la larga mesa, a cuya cabecera se hallaba Dall. Los rostros de todos los presentes expresaban la gravedad del momento.

—Jan, la asamblea ha llegado a un acuerdo en este caso —habló Dall.

—¿Tiene algo que ver conmigo? —preguntó Kervit.

—Sí, porque vas a pilotar nuevamente la nave. Es un acuerdo tomado por unanimidad y no puedes resistirte. Tendrás manos libres en todo lo concerniente al gobierno de la nave, pero, para otros asuntos, se requerirá la aprobación de la asamblea.

—Hemos celebrado juicio contra Arphol y le consideramos culpable de homicidio en la persona de Zuggo Lorri, tras haber oído sus descargos. La sentencia ha sido dictada por unanimidad también: abandono en Felkus 7-A. Le dejaremos algunas herramientas y provisiones, pero no podrá continuar con nosotros. Como miembro de esta asamblea, aunque no hayas tomado parte en ella, tienes derecho a formular tus objeciones, si así lo deseas.

Kervit miró al acusado, en cuyo rostro ceniciento había, sin embargo, una expresión de rabia indescriptible.

—Me parece una sentencia totalmente justa, aunque no lo abandonaremos en el punto de aterrizaje —contestó.

—¿Puedo saber los motivos. Jan?

—Prefiero no exponerlos hasta el momento en que lleguemos a ese planeta.

—Estás volviendo a tu antiguo comportamiento.

—Lo hago por la seguridad de la expedición.

Hubo un instante de silencio. Dall se convenció de que el joven no hablarla, ni aunque se lo ordenasen todos los pasajeros.

—Está bien —cedió finalmente—, Pero lo dirás apenas estemos en Felkus 7-A.

—No hay inconveniente. ¿Puedo volver a la cabina de mando?

—Sí, desde luego.

—Gracias a todos.

Kervit abandonó el salón. Un agudo sollozo sonó a sus espaldas. La voz de Wynia estalló en un grito estridente:

—¡Yo quiero quedarme con él! No me importa que me abandonéis en el planeta, pero le acompañaré en su destierro...

Kervit no quiso seguir escuchando y siguió su camino. Damaris se reunió con él momentos después.

—¿Qué opinas de la sentencia? —preguntó.

—Completamente justa. Arphol es un hombre pernicioso.

—Sí, eso mismo pienso yo.

—En la Tierra, fundaremos una colonia. Arphol habría sido el elemento disgregador, que la habría conducido indefectiblemente a la ruina. De habernos encontrado ya allí, se habría fugado para eludir el castigo, pero, más adelante, habría vuelto para robar cosas, para atacarnos, para raptar a alguna de las mujeres... Se habrían producido más peleas, con nuevas muertes... No, la mejor solución es abandonarlo en Felkus-7-A, pero no en el lugar donde aterricemos.

—¿Por qué, Jan?

—Lo sabrás cuando hayamos llegado. — Kervit esbozó una sonrisa—. ¿Querrás acompañarme?

—Sí, sin duda alguna. Pero, ¿qué hay allí?

Kervit sonrió sibilinamente.

—Ya lo sabrás en su momento —respondió, evasivo.

* * *

Lentamente, con infinita suavidad, la Sin Retomo se acercó a la superficie del planeta y, al fin, se quedó inmóvil. Desde una de las

lucernas, los pasajeros de la astronave contemplaron el paisaje circundante, no demasiado agradable, aunque había puntos en que si parecía posible una vida relativamente fácil. Damaris se preguntó por qué había aterrizado Kervit precisamente en aquellos parajes.

Kervit estaba muy ocupado en aquellos momentos, vigilando los instrumentos, que señalarían las distintas fases de la recarga de energía. Al fin, cuando todo estuvo listo, se puso en pie, abandonó la cámara, cerró la puerta con llave, que guardó en uno de sus bolsillos, y se encaminó al camarote de Dall.

Llamó con los nudillos. Syra abrió en el acto.

—Ah, hola, Jan...

—¿Puedo hablar con tu marido?

Ella sonrió.

—Está bañándose.

—Hablaré con él desde la puerta, si no tienes inconveniente.

Kervit se asomó a la puerta del baño. Dall le miró afectuosamente.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí. Necesito un automóvil. ¿Puedo utilizarlo?

—Desde luego. ¿Cuánto tiempo piensas estar fuera?

—Oh, no creo que pase más allá de un día o dos. De todos modos, me llevaré un transmisor de radio. Podéis utilizar el del salón; he cerrado con llave la cabina de mando.

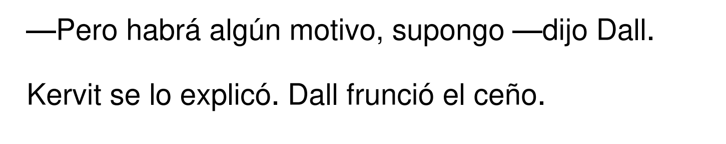
—Una buena precaución, Jan —aprobó Dall.

—Además, deseo que me acompañe Damaris.

Syra soltó una risita.

—Es una chica muy bonita —dijo.'

—No lo hago por estar a solas con ella. Además, no me aceptaría; todavía conserva sus prejuicios. Simplemente, le prometí que me acompañaría.



—Pero habrá algún motivo, supongo —dijo Dall.

Kervit se lo explicó. Dall frunció el ceño.

—Lo ignoraba —manifestó.

—Lo saben poquísimas personas, Antho.

—Pero ella, quizá, querrá quedarse...

—Creo que ya no habrá inconveniente. A fin de cuentas, hemos conseguido eludir la persecución de Renart.

—Está bien, por mi parte no hay inconveniente. Procura tener cuidado, Jan.

—Sí. Gracias, Antho.

Kervit se encaminó hacia la puerta. Una vez allí, se volvió hacia Syra.

—Dile a tu esposo que no descuide la vigilancia de Arphol —recomendó.

—Vete tranquilo —contestó ella.

Kervit fue a continuación al camarote de Damaris, a la que avisó que se vistiese adecuadamente para una ausencia de uno o dos días.

—Lleva también equipo de abrigo; la temperatura es baja en esta época —añadió.

—De acuerdo.

Kevin se equipó con un chaquetón de pieles, con capucha, gruesos guantes, pantalones y botas forradas de piel. También eligió un fusil corriente de caza, aunque disparaba proyectiles macizos de 7' 62 mm, por repulsión electromagnética y alimentado por una batería solar, de fácil recarga. Pero antes de que se agotase la batería, podría hacer hasta doscientos disparos.

Preparó también algunos víveres y luego sacó el automóvil, con cúpula transparente. Damaris se reunió con él minutos después, equipada de una forma análoga, aunque sin armas.

El vehículo partió de inmediato. Durante unos minutos, guardaron silencio, hasta que ella lo rompió con una pregunta:

—Bien, y ahora, ¿puedo saber adónde vamos?

—A un lugar en el que podrás quedarte, si así lo deseas, hasta que alguien venga a recogerte.

—¿Hablas en serio? —se sorprendió ella.

—Completamente en serio. Aunque Falkus-7-A consta oficialmente como planeta deshabitado, lo cierto es que hay un puesto comercial perteneciente a Unyx, y al frente del cual está un sujeto llamado Rhybor Shanda.

## CAPÍTULO VIII

Casi no había salido de su asombro, y habían pasado ya cinco horas, cuando, de pronto, al remontar una loma, vieron un grupo de casas, situadas en el fondo de un valle, abundante en vegetación.

—De modo que en Urton 8 nadie sabe que Unyx tiene aquí un puesto comercial —dijo Damaris.

—Aún ignoran más cosas —sonrió el joven—. Pero ya lo sabrás cuando hablemos con Shanda.

Al fondo, se veían unas montañas completamente cubiertas de nieve. En algunas zonas, también se divisaban extensas manchas blanquecinas. Había algunos charcos helados, lo que indicaba que, pese al sol, la temperatura no había pasado de los cero grados.

El puesto comercial constaba de una docena de edificios, construidos parcialmente con madera, aunque también abundaba la piedra. Damaris pudo apreciar una notable actividad. Dos automóviles entraban en aquel momento, arrastrando sendos remolques, pesadamente cargados. Tres más salían, con los remolques vacíos.

—Para llenarlos de... ¿De qué, Jan?

—Pieles, sobre todo, pero no desdeñan el oro y las piedras preciosas, así como el marfil y las maderas preciosas.

—Y todo eso lo importa Unyx.

—Sí, pero jamás descubre el origen de sus importaciones.

—¿Cuántas personas viven en el fuerte, Jan?

—Unas cincuenta. Todos eran descendientes de terrestres.

Hace ya muchísimos años se produjo una emigración clandestina, de unas seis parejas. Pero encontraron que Falkus 7-A es un planeta muy agradable y decidieron no correr riesgos buscando la Tierra.

—Comprendo. Así, pues, en Urton 8 se ignora la existencia de esta colonia.

—Sí.

—Y, sin duda, por esta razón, Arphol continúa todavía encerrado en su camarote.

—Lo desembarcaremos en los antípodas y, seguramente, como hay océanos, en alguna isla de la suficiente extensión para que él y Wynia no pasen necesidades, pero así evitaremos que un día puedan llegar hasta aquí y se desvele el secreto.

—Imagínate que quiero quedarme...

Kervit sonrió.

—Aquí, Shanda es el rey y su palabra es obedecida sin discusión. No creo que te permita quedarte, porque tú revelarías el secreto del puesto comercial.

—Eres un tipo astuto, pero también repugnante. Me pones la miel en los labios y luego retiras la cuchara.

—No he asegurado rotundamente que Shanda se niegue a recibirte y a alojarte en el puesto hasta que llegue una de las naves de Unyx. Es lo más probable, pero no absolutamente seguro. En todo caso, no creo que te revele lo que a mí me va a decir.

—¿Qué es, Jan?

—La ruta de la Tierra.

Damaris se puso una mano en la boca. El automóvil estaba llegando ya a los primeros edificios y algunas personas les miraban con

curiosidad. Kervit detuvo el vehículo y levantó la cúpula.

Un hombre, de abundante barba entrecana y notable corpulencia, se acercó al coche.

—¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis? —preguntó.

—Me llamo Jan Kervit. Ella es Damaris D'Ithor. Buscamos a Rhybor Shanda.

—Yo soy —contestó el sujeto—. Pero, ¿cómo habéis sabido...?

—Unyx nos envía. Mejor dicho, me envía a mí. Me dio una contraseña: Ochenta, ochenta, más ciento dos, más doce, menos ocho setenta y cinco.

Shanda sonrió a través de su espesa barba.

—No hay duda —dijo—. Te envía Unyx. Seguidme, por favor.

* * *

La cena fue exquisita, abundante en platos deliciosamente cocinados, en un comedor rústico, pero con grandes lujos. Había velas en la mesa de madera pulida como un espejo y las llamas ardían alegremente en una chimenea capaz de contener un elefante. La señora Shanda, una atractiva mujer de unos cuarenta años, resultó una perfecta anfitriona y, tras el último plato, sirvió café y licores.

—Como hace tres mil años —dijo Damaris, complacida.

—Conoces la historia de la Tierra —sonrió Shelly Shanda.

—Sí, bastante.

—No somos descendientes de terrestres, pero nos damos cuenta de que algunas de sus costumbres eran muy agradables.

—Lo estoy apreciando —sonrió Damaris.

De reojo, observó a Kervit, quien conversaba en voz baja con el

comerciante. Al cabo de un rato, el joven se puso en pie.

—Te agradecemos tu hospitalidad, Rhybor —dijo.

—Para mí ha sido un honor, sobre todo, teniendo en cuenta que ella es la hija de Ithor —respondió Shanda—. Por desgracia, no puedo permitirla que se quede en el puesto, hasta que llegue uno de las astronaves de Unyx.

—Rhybor, antes has mencionado mi parentesco. ¿Sabes lo que te ocurriría si mi padre supiese que colaboras en el secuestro de que soy objeto? —preguntó Damaris sin levantar apenas la voz.

Shanda sonrió enigmáticamente.

—Muchacha, una vez hablé con tu padre, hace cosa de diez años. Entonces, me dijo la siguiente: «Ni mi hijo, el príncipe heredero, debe conocer este secreto. Ya lo sabrá cuando yo haya muerto, pero, por el momento, el puesto comercial debe permanecer ignorado de quienes no tienen relación directa con él».

—No lo sabía... —declaró ella, confusa.

—Tu padre, naturalmente, no puede aprobar el secuestro, pero ni por recobrarte permitiría que se divulgase la existencia de este puesto comercial.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué interés puede tener él...?

Shanda lanzó una tremenda carcajada.

—Exactamente, el cincuenta por ciento —contestó.

Damaris se sintió atónita.

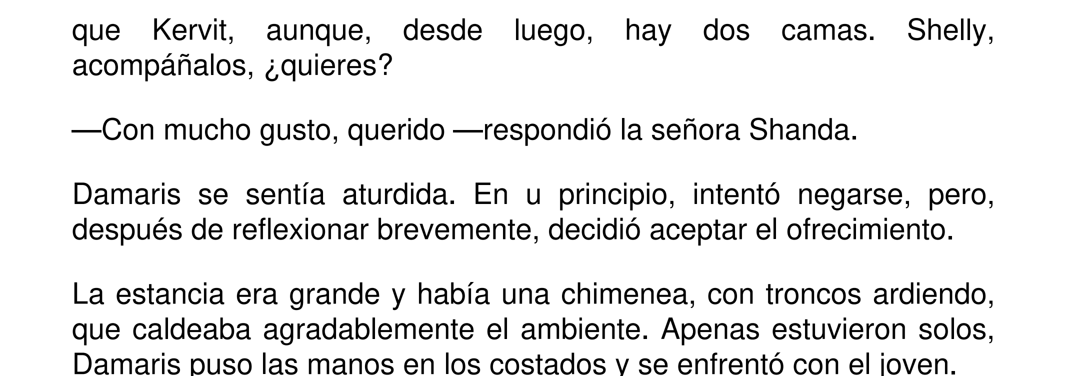
—¡Es socio de Unyx! —exclamó.

—Se reparten los beneficios por mitad. Y, créeme, el puesto da a ganar fortunas enteras todos los años. Pero no te preocupes; algo te tocará en la herencia, cuando él muera. ¿No es cierto. Jan?

—Sí, supongo —convino el joven.

Shanda se puso en pie.

—Bien, la velada ha terminado —dijo—. Damaris, siento no poder ofrecerte una habitación individual. Tendrás que dormir en la misma



que Kervit, aunque, desde luego, hay dos camas. Shelly, acompáñalos, ¿quieres?

—Con mucho gusto, querido —respondió la señora Shanda.

Damaris se sentía aturdida. En u principio, intentó negarse, pero, después de reflexionar brevemente, decidió aceptar el ofrecimiento.

La estancia era grande y había una chimenea, con troncos ardiendo, que caldeaba agradablemente el ambiente. Apenas estuvieron solos, Damaris puso las manos en los costados y se enfrentó con el joven.

—De modo que mi padre es socio de Unyx.

—Sí, ya lo has oído.

—Y tú no habías dicho nada...

—Tenías que oírlo por ti misma. Los beneficios que proporciona este puesto comercial son incalculables. Ni siquiera el primer ministro lo sabe.

—Y a ti, sin embargo, te lo dijo Unyx.

—Debía un favor a mi abuelo y lo devolvió en mi persona. Pero, además, sabía que yo no lo repetiría, porque no pienso volver a Urton 8.

—Comprendo. Pero, aparte de eso, ¿cómo sabias que Sandha conoce la ruta de la Tierra?

—Shanda y su equipo hacen un viaje todos los años y traen cosas que aquí no se encuentran, aunque declaren oficialmente que proceden de este planeta. En cuanto a ti, es decir, en lo referente a tu situación... bien, ya lo has oído; si tuviéramos prisionero a tu hermano, el príncipe heredero, tampoco le permitiría quedarse en el puesto.

Sonriendo, Kervit empezó a quitarse la camisa.

—Estoy cansado —añadió—. Y no temas, no voy a hacer nada que pueda herir tus sentimientos. Lo único que deseo es dormir.

Ella apretó los labios.

—De modo que no me queda otra solución que resignarme —dijo.

—Así es.

Volvió el silencio. Un cuarto de hora más tarde, cada uno en su lecho, ella volvió a hablar, mientras miraba fijamente las llamas que danzaban alegremente en la chimenea.

—Entonces, Jan, tú conoces ahora la ruta de la Tierra —dijo.

Kervit no contestó. Damaris volvió la cabeza y ocultó una sonrisa.

El joven dormía profundamente. De pronto, pensó que no le desagradaba del todo conocer un planeta que había llegado a conseguir una fama mítica y no solamente entre los descendientes de sus nativos, sino también entre los auténticos urtonitas.

Luego sintió que la vencía el sueño y cerró los ojos.

* * *

El automóvil era también anfibio, lo que significaba que podía por la superficie de las aguas. Bajo la cúpula, viajaban cuatro personas: Arphol, Wynia, Kervit y Dall.

La nave había aterrizado en los antípodas del puesto comercial, a unos dieciocho mil kilómetros de distancia. Ahora se iba a cumplir la sentencia dictada contra el homicida.

Arphol permanecía silencioso, ceñudo, con las manos atadas todavía. Dall lo vigilaba, con un fusil preparado para evitar reacciones imprevistas.

El aparato cruzaba un brazo de mar de unos cincuenta kilómetros de ancho. Hacía más de una hora que habían partido y aún no divisaban la costa de la isla en que Arphol y Wynia iban a ser abandonados.

La isla poseía todo lo suficiente para la vida. Tenía unos seis mil kilómetros cuadrados y había animales y abundante agua potable, así como árboles y plantas comestibles. Era una sentencia dura, pensó Kervit, pero absolutamente justificada, dadas las circunstancias.

En su fuero interno, admiraba a Wynia. Ella había sido, en buena parte, la causante del suceso, pero había decidido quedarse con Arphol. Seguramente, con aquella decisión, quería redimir la parte de culpa que le correspondía en aquellos desagradables hechos.

Una línea azul apareció en el horizonte. Sesenta minutos más tarde, el automóvil tocó la arena de una playa, rodó cien metros y se detuvo.

Kervit saltó fuera en primer lugar. Luego desembarco Wynia. Dall se apeó a continuación y entregó el fusil al joven, para poder desatar al condenado.

Arphol se apeó en silencio, ceñudo, hosco. Había odio en su mirada, aunque no pronunció una sola palabra.

Dall sacó unos cuantos paquetes, que dejó en el suelo

—Aquí hay todo lo necesario para que podáis empezar una nueva vida —dijo—. Naturalmente, no os dejamos armas de fuego. Pero no será difícil construir arcos y flechas Sólo se necesita paciencia y un poco de habilidad.

Wynia asintió.

—Tengo buenas manos —contestó.

—Lo celebro. Lenn, ¿tienes algo que decir antes de que nos marchemos?

Hubo un espacio de silencio. Kervit tenía la mirada fija en el rostro del condenado.

Repentinamente, Arphol, lanzó una estridente carcajada, a la vez que levantaba un brazo.

—Sí, tengo algo que decir —contestó—. ¡Ahí vienen los que os van a dar vuestro merecido! Kervit se sobresaltó. Alzó la vista y divisó el aeromóvil que descendía raudamente hacia el suelo. La distancia era todavía grande y no podía ver sus insignias, pero, en aquel momento, adivinó que Renart les había alcanzado de nuevo.

## CAPÍTULO IX

Dall estaba paralizado, incapaz de reaccionar. Kervit saltó hacia él y le empujó hacia el vehículo.

—Aprisa, ponlo en marcha —ordenó.

Dall echó a correr. Kervit se separó unos pasos del grupo. Arphol, por su parte, agarró la mano de Wynia.

—¡Ven! —gritó.

La pareja se lanzó hacia la protección de los árboles que bordeaban la playa. Kervit quedó en el mismo sitio, contemplando las evoluciones del aparato, que se hallaba a unos mil metros de distancia.

De pronto, el aeromóvil estabilizó su trayectoria y picó casi verticalmente. Kervit dio un salto lateral, corriendo varios metros. En el mismo instante, dos rayos gemelos, que despedían un resplandor intolerable, descendieron de la altura y chocaron contra el suelo.

Brotaron nubes de humo. La arena se vitrificó.

Kervit apoyó la culata en el hombro y lanzó una salva de disparos hacia el aparato. Las balas dejaban un rastro oscuro en la atmósfera.

Corrigió la puntería, sin dejar de presionar el gatillo. Consiguió media docena de impactos y volvió a saltar lateralmente, esquivando así dos nuevas descargas.

Dall, por su parte, maniobraba incesantemente con el automóvil, a fin de eludir los posibles disparos por parte de los hombres de Renart. El aparato atacante estaba ya a unos doscientos metros del suelo.

Kervit volvió a hacer fuego. Esta vez, consiguió todos los impactos, sin perder un solo proyectil.

El casco del aeromóvil no estaba calculado para resistir aquellos proyectiles. Bala tras bala, penetraron a través del metal y, de pronto, una de ellas, alcanzó el generador.

Un deslumbrante relámpago surgió de pronto a ciento cincuenta metros del suelo. El aeromóvil se desintegró en millares de fragmentos.

El estampido hirió los tímpanos del joven, hasta el punto de que creyó que iba a quedarse sordo. Algunas formas ennegrecidas cayeron dispersas sobre la arena, con sordos choques. Dos de los soldados se hundieron en el agua.

Kervit bajó el fusil. Dall, en la cabina del automóvil, contemplaba atónito el resultado de los disparos.

—No creí salir con vida —exclamó.

—Renart deberla saber que estos aparatos no tienen blindaje suficiente contra una bala que supera la velocidad del sonido en el momento del disparo —dijo Kervit sombríamente.

Arphol y Wynia surgieron de la selva vecina.

Kervit se volvió y miró unos segundos al condenado. Luego, sin contestarle, volvió los ojos hacia la mujer.

—Wynia, ¿insistes en quedarte con él? —consultó.

—Si —respondió ella decididamente.

—Tienes edad suficiente para saber lo que te haces —fue todo lo que dijo el joven.

Encogiéndose de hombros, avanzó hacia el aeromóvil. Lanzó el fusil al asiento posterior, saltó al interior y cerró la cúpula.

—¡Vámonos, Antho!

Dall viró en redondo y se lanzó hacia el cercano océano.

—Hemos destruido un aeromóvil, pero... la nave nodriza estará sobre nosotros y Renart en ella. ¿Crees que nos podrá seguir?

—Trataremos de evitarlo —contestó Kervit.

—Por fortuna, ahora conocemos la ruta de la Tierra, ¿no es así?

—En efecto, sé cómo viajar hasta la Tierra. Y, aunque pueda parecerte asombroso, estamos a menos de dos días de viaje del sistema solar. Por el hiperespacio, naturalmente.

* * *

Kervit contempló un instante la carta estelar y luego levantó los ojos hacia el planeta que se les acercaba con aparente lentitud y que brillaba como una gema en el espacio. En aquel momento, Damaris hacía su aparición en la cámara de mando.

—¡Qué espectáculo! —exclamó la joven, atónita.

—Bonito, ¿verdad?

Damaris se sentía anonadada ante la visión de aquel planeta, rodeado de unos anillos resplandecientes, que parecían compuestos por trillones de piedras preciosas de todos los colores. ^

—Se llama Saturno y es el sexto planeta del sistema solar, al cual pertenece la Tierra —explicó Kervit—. A partir de aquí, nos queda la insignificante distancia de mil trescientos ochenta millones de kilómetros, apenas setenta y siete minutos luz, cifra prácticamente despreciable si se tiene en cuenta que un año son ocho mil setecientas sesenta horas. Pero, naturalmente, volamos a velocidades sublumínicas y todavía estamos en período de deceleración, a fin de evitar consecuencias desagradables en el momento de la entrada en la órbita de la Tierra.

—Mil y pico de millones... y hemos cubierto cientos de trillones...

—Sí, el viaje está ya a punto de finalizar —suspiró Kervit.

—Y ahora seréis hombres libres.

—Exactamente.

—Jan, ¿ te has dado cuenta de una cosa? Eres el único viajero que no tiene pareja. Un día la echarás de menos...

Kervit se encogió de hombros.

—Me resignaré —contestó.

—¿Podrás? La naturaleza tiene sus exigencias...

—En la historia de la Tierra hay infinidad de casos como el mío. Por ejemplo, los monjes que hacían voto de castidad.

—Tú no eres monje...

Kervit se volvió hacia ella.

—¿Qué demonios intentas decirme?

Damaris dio un paso hacia atrás.

—Nada, hombre. Sólo quería hacerte ver tu situación... Admito que las leyes urtonitas no tienen nada de blandas, pero, ajustándose un poco mentalmente, lo habrías pasado infinitamente mejor que lo pasarás en la Tierra.

—Al menos, no tendré que obedecer a nadie.

—¿Porque vivirás solo? Si vives con tus compañeros, se establecerán un mínimo de reglas y tendrás que acatarlas. Como ya haces ahora en la nave. ¿Es eso libertad?

—Al menos, esas reglas las dictamos nosotros y las aceptamos libremente; no nos son impuestas por el capricho de un solo hombre.

—Los puntos de vista no coinciden, pero, en fin, no quiero que pienses que trato de convencerte para que vuelvas a Urton 8.

Kervit entornó los ojos.

—Te gustaría volver allí, ¿eh?

—De momento, me gustaría conocer ese planeta al que habéis convertido en un mito. Ojalá no sea un ídolo con pies de barro y se os derrumbe encima.

—Soportaremos ese peso, no temas.

Dall irrumpió súbitamente en la cabina.

—Perdón... No sabía que tuvieras compañía, Jan.

—Es igual, ya me iba —dijo Damaris.

—No, quédate, por favor —rogó Dall—. Ahora ya no tenemos secretos para ti.

—Está bien, pero, ¿qué es lo que sucede, Antho? —preguntó Kervit, impaciente.

Dall se sentía muy incómodo. Miró unos instantes al suelo, carraspeó un poco y luego, sin atreverse a mirar de frente al joven, dijo:

—Jan, hemos celebrado otra asamblea.

—Seguramente, para acordar un plan de colonización, una vez que hayamos llegado a la Tierra.

—No. Queremos volver a Urton 8.

Kervit oyó aquellas palabras y creyó que soñaba. Damaris lanzó una burlona carcajada.

—Esta sí que es una buena lección. Jan Kervit —exclamó.

Durante unos segundo?: Kervit se sintió anonadado, incapaz de coordinar sus pensamientos. Luego estudió el rostro de Dall y llegó a la conclusión de que su amigo no bromeaba.

—Está bien —dijo—, pero la nave no puede dar la vuelta aquí mismo cuando todavía estamos en la órbita de Saturno. Os guste o no, es preciso que lleguemos a la Tierra, para recarga de generadores.

—Contábamos con ello, Jan —manifestó Dall.

—Pero no contéis conmigo como piloto para el viaje de vuelta. Yo puedo acatar la decisión de la asamblea en ese sentido: sin embargo, nadie podrá obligarme a que gobierne la nave en un insensato viaje de retorno. Para mí, no habrá viaje de vuelta a Urton 8 —concluyó el joven rotundamente.

—Les has puesto en un apuro —dijo Damaris al día siguiente.

Kervit no contestó de momento, fija la vista en los instrumentos de gobierno. Delante de ellos, se extendía, resplandeciente, la superficie del planeta tan añorado y desde el que la civilización actual de la Galaxia había empezado a expandirse tres mil años antes.

—Pilotar la nave no es tan difícil —respondió él por fin—. Hay cintas grabas con las órbitas y las indicaciones precisas para cada maniobra. Les bastará con conectar el piloto automático en «Inversión», eso es todo.

—Sin embargo, en caso de apuro...

—Han tomado una decisión y deben afrontar los riesgos.

—¿Y sí te obligasen a la fuerza?

—No pueden, ni aunque me pusieran una pistola en la nuca. No se atreverían a correr el riesgo de que yo estrellase la nave contra algún astro. Lo he comentado con Dall y está de acuerdo conmigo.

—Y tú de acuerdo con su regreso.

—No, pero tampoco puedo evitarlo.

—Jan, ¿te quedas por orgullo o por amor a la Tierra?

—Digamos que por ambas cosas, pero, sobre todo, por mi libertad.

—Una palabra muy hermosa, pero que no siempre encierra su verdadero significado —comentó Damaris mordazmente.

—Tómatelo como quieras. Yo pienso así y no voy a cambiar de opinión a estas alturas

—Es lógico. Bien, te quedarás solo y...

—Sé dónde, más o menos, aterriza la nave de Shanda una vez al año. En el puesto comercial hay mujeres solteras. A Shanda le convendría tener aquí un cazador fijo.

—Te enviaría una esposa —sonrió Damaris.

—No me faltarían proporciones.

—Hombre afortunado —dijo ella—. Te casarás, tendrás hijos, tus descendientes repoblarán la Tierra... Quizás dentro de unos siglos, te levanten un monumento...

—Me conformaré con que recuerden que fui un hombre que volvió a su planeta de origen porque no quería seguir siendo un esclavo.

—También te considerarán un Moisés fracasado, porque quisiste librar a tu pueblo de la tiranía del Faraón y los tuyos te abandonaron después.

Kervit se encogió de hombros.

—No me importa lo que no pueda evitar después de mi muerte —respondió—. En cambio, me gustaría saber qué les ha hecho cambiar de actitud. —Se volvió un instante hacia la joven—. ¿Qué les has

prometido si te devuelven a Urton 8?

Damaris se puso colorada. Kervit sonrió.

—Lo suponía —continuó—. Si te devuelven a Urton 8, tendrán el perdón imperial y serán equiparados a urtonitas auténticos, ¿verdad?

Ella irguió el torso.

—Jan, dime, ¿cuántos terrestres auténticos hay ahora en mi planeta?

—Buena pregunta. Ninguno nació en la Tierra, pero, entonces, ¿por qué nos tatuaron la T a fuego sobre nuestra piel?

—Eso fue un error.

—¿También fue un error que yo consiguiera la patente de piloto de astronave y me concedieran solamente el puesto de encargado de la limpieza a bordo?

—Jan, con sinceridad, ¿cuántos pilotos recién graduados consiguen el mando de una astronave? ¿Quieres que te diga algo que ignoras por ahora? Mi padre, el emperador, también se graduó como piloto de astronave, cuando era príncipe heredero. Y, ¿le dieron una nave inmediatamente? Oh, nada de eso, no hubo privilegios para él. Antes de acceder siquiera a cuarto oficial, se pasó un año barriendo la nave, limpiando las letrinas, haciendo las camas para los oficiales y lustrándoles las botas. Iba a ser emperador un día, como lo fue, efectivamente... y tú, maldito orgulloso, estúpido saco repleto de vanidad, querías ser más que el emperador, cosa que no ha conseguido nadie, ni aun siendo urtonita de pura raza.

Kervit se quedó atónito al escuchar aquellas palabras de cuya veracidad no se podía dudar. Damaris, con el rostro encendido y el seno alborotado, se encaminó hacia la puerta.

—Sí, yo les he convencido de que vuelvan a Urton 8 y les perdonarán y serán considerados como urtonitas, lo que son, en definitiva. Pero tú, maldito orgulloso, si no rebajas tus humos, si no aprendes a ser humilde, no llegarás jamás a ninguna parte. Y aunque volvieses a Urton 8, tendrías que limpiar las letrinas de una nave, para que un día se te pudiera conceder el mando de esa misma astronave. Como hizo mi padre y ha hecho todo el mundo hasta hoy.

Damaris abrió la puerta.

—Pero no lo harás, porque vas a quedarte en la Tierra, ¿verdad?

Kervit apretó los labios.

—No lo dudes —contestó.

## CAPÍTULO X

—Para empezar, me bastará con quinientos proyectiles —dijo Kervit al día siguiente—. Algunas latas de conserva, un par de mantas, una tienda de campaña, un hacha, una sierra, un martillo, clavos y... No necesitaré mucho más, salvo calzado y ropas de repuesto.

—Lo tendrás todo —contestó Dall.

—Bien, podréis despegar dentro de una semana. Ya he dispuesto todo para que no tengáis dificultades en vuestra ruta.

Kervit agarró el fusil y se colgó del hombro una bolsa de lona y una cantimplora del cinturón, en el que, además, llevaba un pesado cuchillo de caza.

—Mientras tanto, voy a dar una vuelta por ahí, para buscar un buen lugar donde establecerme. Quizá tarde algunos días en regresar; acaso no nos veamos ya más, Antho. De todos modos, déjame a la vista lo que te he pedido.

—Lo tendrás —prometió Dall, quien, evidentemente, se sentía desazonado. Carraspeó un poco y añadió—: Jan, ¿de veras... no quieres reconsiderar tu actitud?

Kervit meneó la cabeza. Dio media vuelta y saltó fuera de la nave.

De pronto, oyó un grito.

—¡Jan! ¿Me permites que te acompañe?

Damaris corría tras él.

—Tengo ganas de ver lo que hay en la Tierra —añadió, al

emparejarse con el joven.

Kervit movió una mano.

—Allí tienes colinas. A la derecha, un gran río. Más allá, montañas. El cielo es azul y hay algunas nubes. Un planeta corriente, como puedes apreciar.

—Sí, pero es la Tierra. El origen de toda civilización galáctica, según se dice.

—Eso no se puede negar. Damaris, quizá esté fuera algunos días. No vengas muy lejos conmigo.

—De acuerdo, pero, al menos, permíteme que llegue al otro lado de esas colinas.

Ella señalaba unas ondulaciones del terreno que aparecían completamente cubiertas de vegetación. El rio era muy ancho y profundo, de mansa corriente, y no podrían atravesarlo, a menos que construyesen una balsa.

Al cabo de unos momentos, llegaron a la base de una de las lomas. Kervit acometió la ascensión inmediatamente.

Damaris iba junto a él. De súbito, perdió pie y gritó asustada.

Kervit se volvió. Atónito, vio que la muchacha había desaparecido por un hueco que se había abierto en el follaje.

—¡Damaris!

—E... Estoy bien —contestó ella, desde el interior de lo que parecía una cueva—. Oh, Dios... ¡Jan! Estoy en un edificio...

Kervit se precipitó hacia el agujero y vio unas escaleras cubiertas casi por completo de tierra, lo que las convertía en un plano inclinado, por el que había resbalado Damaris, al pisar las hierbas que cubrían el hueco y que, lógicamente, habían cedido bajo su peso. Luego, había bajado resbalando, sentada, hasta el suelo horizontal, a unos metros de la superficie.

—Aguarda, voy por ti —dijo.

Agarrándose a ramas y salientes, descendió hasta el fondo. Entonces, a pesar de la penumbra que había en aquel lugar, divisó unas ruinas de origen inconfundible.

Había enormes bloques caídos, vigas inclinadas, restos de estructuras, algunas puertas metálicas... De golpe, Kervit comprendió que las colinas eran edificios destruidos, a los que la tierra traída por los vientos y las plantas que luego habían crecido naturalmente, habían cubierto hasta darles el aspecto de accidentes del terreno.

Dominando su asombro, alargó una mano y ayudó a la joven a ponerse en pie.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

—No, no ha sido nada. Jan, ¿dónde estamos?

Kervit paseó la mirada a su alrededor. Al fondo, creyó divisar un pasadizo en relativo buen estado, pero la falta de luz le impedía apreciar por completo su longitud.

—Esto fue una ciudad hace muchísimos años, decenas de siglos, no cabe la menor duda —respondió.

—Hubo una guerra de exterminio total, creo que en el siglo XXI o XXII —dijo Damaris—. Los escasos supervivientes emigraron y abandonaron la Tierra por completo.

—Ocurrió en el siglo XXIII y apenas si se salvaron unos cientos de miles. Todos abandonaron un mundo que ya se había hecho inhabitable. La mayoría fueron a parar a Urton 8. Pero, según el calendario terrestre, estamos en el año cinco mil ciento y pico, es decir, a veintiocho siglos de distancia de aquel terrible cataclismo.

Damaris paseó la mirada a su alrededor.

—Y esto —murmuró— es cuanto queda de una de las más esplendorosas civilizaciones de la Galaxia.

—Desgraciadamente, así es. Pero sigamos, Damaris; ya volverás aquí en otro momento, si lo deseas. Ahora, lo que a mí me interesa es encontrar un lugar apropiado para establecer mi campamento.

Ella asintió. Kervit empezó a trepar por la pendiente, remolcando a la joven con una mano. Cuando se encontraron al aire libre, respiraron a pleno pulmón.

—Ahí abajo me sentía agobiada —confesó ella.

—Es un lugar deprimente, en efecto —admitió Kervit—. ¿Seguimos?

Damaris echó a andar. Kervit la contempló con melancolía. Antes de una semana, se habría quedado solo. Pero no pensaba renunciar a sus propósitos.

En la Tierra sería libre.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, se detuvieron al pie de una cascada de unos seis u ocho metros de altura, por otro tanto de anchura. El río formaba un amplio estanque de aguas mansas después del salto. Era fácil divisar las bandadas de peces que se movían en el agua.

Había abundancia de árboles y, un poco más abajo, extensos prados. La zona estaba protegida de los vientos del Norte por una cordillera de montañas no muy elevadas, cuyas cumbres sólo blanquearían en lo más duro del invierno. Habría pesca y caza en abundancia. Kervit se dijo que no necesitaba más.

—Aquí —decidió, a la vez que golpeaba el suelo con el tacón de su bota.

—Un lugar maravilloso —dijo Damaris—. Pero ¿no te convendría mejor establecerte a las orillas de algún océano?

—Lo tengo a una docena de kilómetros tan sólo —contestó él—. Me gusta la tierra firme.

—Muy bien. Entonces, no te queda más que regresar, cargar con el resto del equipaje y volver aquí.

—Exacto.

—Quizá algún día haya aquí una ciudad. En tal caso, ¿cómo la llamarás? —preguntó Damaris.

—No lo sé, ya lo pensaré cuando llegue el momento. Puede que pase apuros y penalidades, pero, al menos, no tendré que soportar las humillaciones a que nos sometió tu padre, el emperador.

—Le odias, Jan.

—Sí.

—El odio no es bueno.

Lentamente, Kervit descolgó el fusil y soltó el seguro. Damaris se estremeció.

Kervit iba a matarla. Se vengaría en ella, por no poder hacerlo con su padre, pensó.

Orgullosa, sacó el busto. Al menos, no le daría ocasión a verla suplicar por su vida.

—Dispara, mátame —exclamó—. Dentro de unos instantes, seré un cadáver, pero cada vez que cierres los ojos para dormir, me verás a mí, muerta, con el pecho cubierto de sangre y ese recuerdo te perseguirá mientras vivas...

El fusil chasqueó. Damaris, instintivamente, cerró los ojos.

Detrás de ella sonó un rugido atroz. Kervit hizo fuego de nuevo. Los rugidos alcanzaron un estruendo insoportable, que cesó después del tercer disparo.

Kervit sonrió.

—¿Qué tonterías estabas diciendo? —se burló.

Pasmada, Damaris se volvió y divisó un enorme felino, con la piel a rayas rojas y anaranjadas, que yacía en el suelo, a cinco o seis pasos de distancia.

—Iba a atacarte —explicó él—, ¿Acaso pensabas que quería matarte?

Damaris se cubrió la cara con ambas manos. Su cuerpo temblaba convulsivamente. Al cabo de unos momentos, respiró hondo y dijo:

—Llévame de vuelta a la nave, Jan.

—Aguarda un poco —pidió él, a la vez que se despojaba del equipo—. Quiero que te lleves un recuerdo de la Tierra cuando vuelvas a tu casa.

Sacó el cuchillo y se arrodilló junto al felino.

—Naturalmente, me refiero a la piel de este hermoso tigre —añadió.

—Pero ¿cómo es posible? Estamos en el hemisferio occidental... Aquí no había tigres, según mis conocimientos...

—Había parques zoológicos y tal vez algunos escaparon o los dejaron en libertad y se reprodujeron. Por tanto, hicieron de esta zona su «hábitat» natural.

—Habrá más tigres. Eso puede representar un peligro para ti.

—Los tigres son menos peligrosos que los esbirros del coronel Renart.

Damaris apretó los labios.

—Veo que no sabes hablar de otra cosa —dijo, furiosa.

Kervit levantó la cabeza y miró fríamente a la joven.

—Ahora estoy en «mi» planeta. Ya no soy un proscrito —respondió intenciosamente.

* * *

Damaris llevaba parte del equipo de Kervit, quien cargaba con la piel del tigre, más pesada de lo que aparentaba. El joven habla señalado adecuadamente el camino que llevaba a su campamento, con el fin de transportar todo en un solo viaje y evitar extravíos innecesarios.

La Sin Retorno apareció a la vista. Kervit pensó que era el nombre más absurdo que podía serle impuesto a una astronave. Debería haber contado con el poder de persuasión de Damaris, se dijo.

Sus amigos estaban engañados, pensó. Damaris les había prometido inmunidad, pero cualquiera sabía si Ithor I respetaría su palabra. No, él no correría semejante riesgo. Se quedaría allí para siempre...

Nevox salió a su encuentro.

—Bonita piel, Jan —comentó.

—Nos tropezamos con un tigre —respondió Kervit—, ¿Ha ocurrido algo durante nuestra ausencia?

Nevox señaló con el mentón hacia la colina más próxima.

—Son las ruinas de una gran ciudad —respondió—. Los Dall y los Hangloss han ido a investigar. Quieren saber qué ciudad fue, qué pueden encontrar en las ruinas... Los demás estamos todos bien.

—Lo celebro. Bueno, Luod, he encontrado un sitio magnifico para establecerme. Cuando regrese Dall, le pediré permiso para transportar todas mis cosas en un automóvil. Ella —señaló a Damaris— vuelve con vosotros, por supuesto.

La joven levantó la barbilla.

—Estoy cansada —dijo—. Con vuestro permiso, tomaré un baño...

Repentinamente, se oyó un sordo estruendo que se producía en las entrañas de la Tierra. Todos los presentes volvieron la cabeza hacia el lugar donde se había producido aquel extraño ruido.

Un chorro de fuego y humo brotó de la base de la colina, situada escasamente a quinientos metros. Kervit vio volar una sombra oscura entre las llamas. Luego cayó al suelo, rodó un poco y acabó quedándose quieta.

Inmediatamente, echó a correr hacia allí.

—¡Luod, trae elementos de socorro! ¡También algunas lámparas! —gritó.

Mientras corría, se preguntó qué clase de catástrofe habrían desencadenado aquellos imprudentes. En pocos segundos, alcanzó el cuerpo caído en el suelo y se arrodilló a su lado.

Para asombro suyo, vio que aquella persona todavía respiraba. Aunque le resultó difícil, pudo reconocer a Eda Hangloss, quemada hasta tal punto que había perdido completamente la piel, desde la cabeza a los pies. Los ojos habían desaparecido y la boca era sólo un negro orificio, a través del cual surgía una respiración sibilante.

—Eda, Eda —llamó—. ¿Qué ha pasado?

—E... encontramos una puerta... Antho dijo que había algo interesante al otro lado..., pero no podíamos abrirla... Trajo explosivos, y

deflagraron antes de tiempo...

La voz de Eda se apagó súbitamente. Damaris y Nevox llegaron en aquel momento.

—Jan, ¿cómo está? —preguntó la muchacha.

—Ha muerto —dijo Kervit sombríamente—. Era Eda Hangloss.

Nevox se horrorizó.

—Es espantoso... Pero ¿cómo podíamos suponer?

Kervit se volvió hacia el sujeto.

—¿Lo sabias tú? ¿Lo sabían los demás?

—Sí. —Nevox bajó la cabeza—, Nos pareció bien...

—Maldita sea, ninguno tenía experiencia en el uso de explosivos —dijo el joven rabiosamente—. No pudieron esperar a que yo volviese; creyeron que podían hacerlo sin mí... ¿Por qué diablos tuvieron que meterse en ese agujero, Luod?

—¿Y a mí qué diablos me cuentas? —contestó Nevox de mal humor—. Lo decidió Dall...

—Sin asamblea, ¿eh? De modo que a mí me echan por dictador y, en cuanto se le presenta la ocasión, empieza a actuar sin consultarlo con los demás. Una bonita manera de poner en práctica lo que se censura a los demás.

—Bueno, ya está muerto, no lo critiques más —se quejó Myrr, que acababa de reunirse con el grupo.

—No, las críticas ya no sirven para nada, puesto que es lógico pensar que los otros tres estén también muertos. Pero Dall os ha jugado una mala pasada. Yo le estuve enseñando el manejo de la nave y ahora ha muerto. ¿Quién pilotará la Sin Retorno en su viaje de vuelta, eh?

Damaris se puso una mano en la boca. Después de lo ocurrido, ¿había alguna posibilidad de regresar a Urton 8?

# CAPÍTULO XI

La puerta, de metal, resplandecía como sí no se le hubiesen aplicado unos cuantos kilos de alto explosivo. Apenas si había algunos arañazos en la base de su pulida superficie.

Los muertos habían sido enterrados ya, en una triste ceremonia que se había celebrado al día siguiente. Luego, Kervit, solo, se había adentrado en las ruinas. Provisto de una potente lámpara, caminó casi doscientos metros, por un túnel en el que cabían justamente dos personas, hasta llegar a la puerta de metal.

Era absolutamente lisa y no había en ella la menor señal de una cerradura que permitiese abrirla. En aquel lugar, la bóveda había sido construida con elementos de gran solidez, lo que explicaba que su estructura no hubiera sufrido sino daños superficiales.

De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Quieres entrar ahí?

—Me gustaría —confesó Kervit.

—Pero no se puede abrir.

—Toda puerta se puede abrir de una forma u otra. Sin embargo, no tengo prisa. Viviré muchos años, espero; algún día, sabré lo que hay al otro lado.

Kervit giró en redondo y se encaró con Damaris.

—¿Cómo están los otros? —preguntó.

—Tratan de recuperarse del shock, Jan. Myrr te espera; han acordado que sea el piloto en el viaje de vuelta.

—Tendrán que retrasar el despegue más de lo esperado. Hay cosas que no se aprenden en unas pocas sesiones.

—Puedes grabar cintas con las instrucciones, aparte de las que forman parte del piloto —automático.

—Pensaba hacerlo —respondió él. De pronto, lanzó una sonora interjección—. Y ya que hablas de cintas —añadió—, había doce, con la historia de la Tierra. Son copias de las que te vendí en la Fundación..., pero a ninguno de ellos se le ocurrió preocuparse de la historia del planeta en que pensaban vivir.

—¿Habría salvado eso a los que han muerto?

—Tal vez. En unas de las cintas, se mencionan todos los explosivos conocidos y sus efectos. Pero no, simulando ser los dueños de la nave, se abandonaron al ocio y a la holganza...

—Basta ya —cortó ella, enojada—. Deja de criticarlos, bastante han sufrido. Lo mejor que podrías hacer es regresar a la nave y empezar a instruir a Myrr.

—Que espere, yo no tengo ninguna prisa...

Súbitamente, Damaris le arrebató la lámpara de un manotazo. Al apoderarse de ella, se hizo la oscuridad.

—¿Qué diablos estás haciendo? ¿Por qué la apagas? —gritó Kervit, furioso—. Enciende eso de nuevo, maldita sea...

—Espera... Hay varios botones... Creo que he presionado el interruptor...

Damaris forcejeó en la oscuridad. Inesperadamente, se oyó un leve chirrido, a la vez que volvía la luz.

Kervit se volvió hacia el origen de aquel sonido. La luz aumentaba gradualmente, a medida que la puerta giraba sobre unos goznes un tanto escasos de grasa.

—Dios mío, ¿cómo se ha abierto? —exclamó, Damaris, atónita.

Kervit le arrebató la lámpara. Inmediatamente, comprendió lo sucedido.

—Tiene dispositivo de infrarrojos, para ver en la oscuridad. Al quitármela, apagaste la luz normal. Luego, sin duda, presionaste el interruptor de infrarrojos y...

La puerta, que ocupaba todo el fondo del túnel, terminó su giro, dejando a la vista una escalera que se hundía en las profundidades de la tierra.

Había luces por todas partes. Damaris, resuelta, puso el pie en el primer peldaño.

—Vamos, Jan —gritó, entusiasmada.

Kervit la siguió. Descendieron cosa de cuarenta metros y entonces se encontraron con un espectáculo indescriptible.

Tardaron un buen rato en recobrar el habla. Kervit fue el primero en resumir lo que tenían ante sus ojos:

—Esta es una muestra completa de lo que era la civilización terrestre, antes del exterminio de la población del planeta —dijo.

* * *

—Supongo que estarás contento con lo que has encontrado en el subterráneo —dijo Myrr al día siguiente, en un intervalo del entrenamiento que le proporcionaba Kervit para que pudiera pilotar la nave.

El joven pensó en los tesoros que había hallado en aquella gigantesca habitación, que se había preservado a través de los siglos, con todo su contenido absolutamente intacto. Había máquinas y aparatos de todas clases, libros, instrumentos... El solo, aunque viviera doscientos años, no podría examinar todo cuanto habían reunido allí los hombres del siglo XXIII. El subterráneo media kilómetro y medio de largo por seiscientos metros de anchura y aún había dos plantas más, en planos inferiores y casi tan grandes como la primera.

—Sólo sacaré de allí lo que estrictamente necesite —contestó—. En el exterior hay todo cuanto precisa un hombre para vivir sin agobios.

—Jan, ¿por qué no te vienes con nosotros? Damaris no nos engaña; es sincera y su padre nos concederá el perdón...

Kervit se revolvió, colérico.

—Durante semanas, ella os «trabajó» y acabó por convenceros.

Ninguno se sinceró conmigo ni me puso al corriente de esa conjura. Yo hice todo cuanto pude por traeros aquí, por arrancaros a la esclavitud... y vosotros me pagasteis con la desconfianza y el engaño. ¿Cómo puedes pensar que os guarde siquiera un mínimo de afecto?

—Lo único que le interesa es perdernos de vista cuanto antes —intervino Damaris desde la entrada de la cabina de mando.

Kervit apretó las mandíbulas. Ella sonrió.

—¿Me equivoco. Jan?

No hubo respuesta. De pronto, Kervit echó a andar hacia la salida. Damaris permanecía en el mismo sitio y la apartó con brusquedad, marchándose sin pronunciar una sola palabra.

—Está resentido y lo encuentro lógico —dijo Myrr.

—Ignora la verdad, Rassell.

—Deberíamos habérselo dicho...

—No —cortó Damaris vivamente—. No habría accedido. Es demasiado sincero y esto, que es una virtud, en ocasiones resulta un inconveniente.

—Puede ser, pero opino que deberías decírselo antes de despegar. Convendría que él conociese toda la verdad. Quizá eso le haga cambiar de opinión y regrese con nosotros.

Damaris sonrió enigmáticamente.

—Aún no es tiempo, Rassell —rechazó la sugerencia.

* * *

Dos semanas más tarde, Kervit empezó a cargar todas sus cosas en el automóvil.

Los Myrr, los Nevox y los demás pasajeros estaban al pie de la escotilla, contemplándole en silenció. Damaris se hizo visible en aquel

momento y descendió lentamente la escala.

Kervit terminó la carga.

—Convendría que alguien me acompañase, para traerse el coche de vuelta —dijo.

—Puedes quedártelo —indicó Nevox—. Nosotros tenemos dos más todavía...

—No, no lo quiero. Gracias, de todos modos.

—Entonces, tíralo por un barranco —aconsejó Damaris.

—Es posible que lo haga, si —convino Kervit.

Ajustó algunas correas y se sentó en la cabina.

—¡Espera! —gritó Damaris repentinamente.

Kervit hizo un gesto de cansancio.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó, resignado.

—Te acompañaré. Quiero hablar contigo.

—¿Hablar? Llevamos aquí más de tres semanas. ¿Es que no has podido hacerlo antes?

—Vamos, Jan, no seas grosero. Haz lo que ella te pide —intervino Nevox.

Loona Myrr se acercó al coche.

—Escúchala, Jan —rogó.

—Es importante que la oigas —añadió su esposo.

—Pero, por todos los diablos, ¿qué está pasando aquí? —se impacientó Kervit—, ¿Qué es lo que me estáis ocultando?

Recorrió con la vista los rostros de todos los que estaban en las inmediaciones del vehículo. Damaris se hallaba a poca distancia muy seria, con los labios prietos y la respiración muy agitada.

—¿Querrás hablar de una vez? —gritó.

Ella avanzó un paso.

—Jan, no lo tomes a mal..., pero no podía hablar hasta este momento —dijo—. Aunque te parezca extraño, eras el único al que no podía contar toda la verdad.

—La verdad, ¿de qué? No entiendo nada, en absoluto.

—Verás, es cierto que Arphol me secuestró..., pero yo ya estaba advertida de sus intenciones...

Kervit se quedó con la boca abierta.

—De modo que sabías que ibas a ser nuestro rehén.

—Sí, y los demás también lo sabían. Lo que sucede es que las cosas se torcieron un poco durante el viaje... A decir verdad, estábamos enterados de tus planes desde el primer momento.

—¿Entonces... lo sabías...?

—Cuando me oigas todo cuanto tengo que contarte, lo comprenderás de golpe... y me perdonarás...

—Va a ser difícil —dijo él, ceñudamente—. Los esbirros de tu padre mataron a mi abuelo, el único pariente que me quedaba en este mundo. No hubiera vivido ya mucho, pero tenía derecho a acabar sus días pacíficamente.

—Oh, lo siento tantísimo... Fue algo totalmente imprevisto...

Kervit lanzó una sarcástica carcajada.

—Un asesinato es siempre algo imprevisto, claro. ¿Qué más dirás para disculpar a tu odioso padre, que ni siquiera ha sabido reconocerte como hija legitima?

—¡Lo soy, demonios! —contestó Damaris, exasperada—. Y mi padre lo sabía todo y dio su aprobación para que este plan se llevase a cabo. Admito que tus amigos no lo sabían en un principio, pero me puse en contacto con Dall y logré convencerle. Era mejor que actuasen así, porque, de otro modo, la expedición se habría frustrado y mi padre no habría conseguido lo que deseaba.

—Y, ¿puede saberse qué deseaba tu apreciado papaíto? —preguntó Kervit sarcàsticamente.

De pronto, Myrr se acercó a la joven y le tocó en un hombro.

—Damaris, creo que tendrás que posponer las explicaciones para otro momento —dijo—. Se está acercando una nave.

Kervit oyó aquellas palabras y levantó la cabeza. A menos de mil metros de altura, una astronave descendía lentamente hacia ellos.

Las portas de los cañones estaban abiertas y las piezas apuntaban directamente a la Sin Retorno.

Súbitamente, se oyeron varias detonaciones.

Cuatro cañones dispararon en salva rápida. Las granadas estallaron en el casco de la Sin Retorno , perforándola por varios lugares. La astronave pareció quejarse como un ser viviente.

Parte del tren de aterrizaje falló y la Sin Retorno se ladeó y quedó acostada sobre el suelo. Kervit contempló la nave melancólicamente.

—Ahora sí que tiene su nombre justificado —murmuró.

## CAPÍTULO XII

Una voz tonante bajó de las alturas, proviniendo de una batería de megáfonos:

—¡No se muevan de donde están! ¡Permanezcan en el mismo sitio si quieren seguir viviendo!

La astronave continuaba su descenso con gran lentitud, desplazándose al mismo tiempo lateralmente, hasta quedar por completo sobre la vertical de grupo. Kervit miró hacia arriba y se sintió abrumado, porque parecía que el colosal aparato iba a aplastarles con su inmensa mole.

En los últimos instantes, surgieron las cortas patas del tren, provistas de grandes placas circulares, para evitar que se hundieran en el suelo. Aquella nave era un tanto distinta de la Sin Retorno , pero Kervit conocía el tipo tan bien como la que había pilotado durante el viaje.

El vientre del aparato quedó a unos tres metros de la tierra. Durante unos instantes, no ocurrió nada.

De pronto, Kervit echó a correr hacia el costado opuesto. Salió de debajo de la nave, giró en redondo y, saltando hacia arriba, se agarró con ambas manos al saliente de una antena auxiliar.

El casco no era absolutamente liso. Trepó con la agilidad de un simio, buscando algo que sabía que encontraría en la parte superior. Mientras ascendía, oyó voces en el suelo.

—¿Dónde está ese maldito Kervit? —preguntó alguien.

—No estaba con nosotros —respondió una mujer.

El joven reconoció las dos voces y agradeció a Damaris su respuesta. Continuó trepando, a la vez que procuraba eludir el paso por las inmediaciones de las lucernas, donde podía ser visto por algún tripulante que se asomase, curioso de contemplar un planeta del que tanto se había oído hablar y que nadie había visto hasta entonces.

Renart vociferó, al dar una orden destempladamente:

—¡Capitán, destaque unas patrullas para que busquen a Jan Kervit! ¡No puede estar muy lejos de aquí y quiero que lo encuentren inmediatamente! ¿Me ha oído?

—Sí, señor...

—Todos los soldados deberán llevar propulsores individuales. ¡Vamos, vamos, rápido, estúpidos!

Kervit sonrió, sin dejar de ascender. Cuando llegó arriba, se tendió sobre el suelo.

Varias parejas de soldados, fuertemente armados, se movían ya en distintas direcciones, volando a pocos metros de altura sobre el suelo. Kervit esperó a que se alejasen lo suficiente para arrastrarse un poco más y ganar así una de las escotillas de emergencia que había en el techo de la nave.

La escotilla podía abrirse tanto desde fuera como desde el interior. A fin de cuentas, era preciso pensar que, en alguna ocasión, un hombre que hubiese salido a reparar alguna avería externa podía encontrarse en dificultades y necesitar regresar rápidamente a la nave, sin usar la compuerta principal. La operación resultó rápida y sencilla.

Silenciosamente, se descolgó al suelo de un compartimento, cuya puerta abrió instantes más tarde. Cerró de nuevo cuando vio que un hombre uniformado se acercaba a aquel lugar.

Esperó unos segundos. Cuando el soldado hubo rebasado la puerta, volvió a abrir. Con la mano izquierda, tapó su boca, mientras que con la derecha tiraba de él hacia la esclusa.

Cinco minutos después, se había vestido con el uniforme, que disponía de un casco con transmisor de radio, ancho cinturón y una pistola que resultó ser amputadora, una vez la hubo reconocido. El casco, además, tenía una visera de cristal polarizable, para distintas intensidades de luz exterior y la bajó, oscureciéndola un poco para que no se vieran sus facciones.

Con paso firme descendió a las cubiertas inferiores. Dos minutos más tarde, entraba en la cámara de mando.

Cerró la puerta cuidadosamente. Había un hombre ante los controles y, de pronto, pareció notar una presencia ajena. Volviose rápidamente y miró al joven.

—Eh, ¿qué diablos haces tú aquí? —exclamó, malhumorado.

—¿Es usted el comandante de la nave? —preguntó Kervit.

—Maldita sea, me has visto un millón de veces...

Kervit sacó el arma.

—Comandante, esto es una pistola amputadora. Puedo cortarle un brazo en un santiamén, o una pierna., o el cuello, si veo las cosas difíciles. En el primer caso, no sentiría usted dolor; la descarga amputa y anestesia al mismo tiempo, lo cual significa que tampoco sentiría nada si disparase al pescuezo. Pero entonces moriría, ¿comprendes? El oficial tragó saliva.

—E... está bien, dígame lo que quiere... Kervit movió una mano.

—Apártese de allí, siéntese en aquel sillón y no se mueva ni respire, si no quiere que dispare al bulto, en cuyo caso no respondo de lo que pueda sucederle. Y, una cosa: tenga en cuenta que la hija del emperador está fuera y que puede hacerle mucho daño cuando informe a su padre. ¿Entendido?

—Sí, sí..., señor...

Kervit se acercó al cuadro de mandos y tocó una tecla. Las voces de los que se encontraban fuera de la nave penetraron en el acto en la cabina, recogidas por un micrófono exterior.

—Tú ya no representas nada, coronel Renart —decía Damaris en aquel instante—. Soy delegada imperial y te destituyo de todos tus cargos. Regresarás encadenado a Urton 8, donde serás juzgado por traición. Sonó una burlona carcajada.

—De modo que delegada imperial, ¿eh? —contestó Renart—. Y, dime. ¿tienes algún documento que justifique ese título?

Transcurrieron algunos minutos. Luego se dejó oír una voz nueva:

—Coronel, he registrado su camarote —exclamó Arphol—. No hay ningún documento que mencione la concesión de plenos poderes.

—Ya —dijo Renart complaciente—. Bien, muchacha, esto se ha acabado. Al fin me habéis traído adonde yo quería venir. He encontrado la Tierra.

—Y ahora considerará este planeta como suyo, ¿verdad? —contestó Damaris—. ¿O quizá lo cederá graciosamente a su hermano mayor, el no menos traidor primer ministro y autor de todas las leyes infamantes contra los descendientes de terrestres?

—Mi hermano se conformará con seguir al frente del gobierno, mientras tu ridículo padre sigue babeando con sus amantes. El príncipe heredero, tu hermano, no será mucho mejor cuando llegue a ocupar el trono...

—En eso estás equivocado, coronel —le interrumpió Damaris—. Hace ya mucho tiempo que mi padre y mi hermano adoptaron esta actitud, porque sospechaban de los Renart. Tú supiste desde el primer momento todo lo que iban a hacer unos hombres exasperados por unas leyes injustas, y les dejaste actuar, porque sabías que, de este modo, llegarías a la Tierra, como así ha sucedido. En todo momento, has tenido la información necesaria, merced a un repugnante individuo, capaz de traicionar a los suyos, sólo por lo que podía conseguir, poniéndote de tu lado. Me refiero a Lenn Arphol, naturalmente.

—Cada uno mira por sus propios intereses —dijo Arphol con notable cinismo.

—Y fue el propio coronel quien te sugirió la idea del secuestro, ¿verdad? Así podría seguir a la Sin Retorno , libre de sospechas para conseguir sus proyectos. Coronel, ¿quieres para ti este planeta?

—¿Lo dudas? —respondió Renart.

Movió la mano con amplio ademán.

—Está deshabitado. La naturaleza se ha regenerado después de casi tres mil años. Hay inmensas riquezas... Vendrá gente, yo me encargaré de reclutarla, por supuesto...

—Y trabajarán para ti, como es de suponer.

Los ojos de Renart brillaron de placer.

—Pensaba pedírtelo a ti, pero sé que fracasaría. Alguna mujer hermosa llegará y considerará un honor darme un hijo, que será el continuador de mi dinastía. ¡Yo, Rabkhel I, emperador de la Tierra! Todos se inclinarán ante mí...

—Sueños vanos, que no se realizarán jamás, coronel —dijo Damaris fríamente—. Cuando mi padre note que faltamos, enviará una poderosa escuadra, para derrotarte y hacerte sentir el peso de su autoridad. Entonces, lamentarás haber tenido la idea de proclamarte emperador.

—Eso no sucederá jamás. Sólo yo conozco la ruta... y el comandante de la nave, que es un fiel amigo y no me delatará.

—Debieras saber que en Mabrux-7-A hay un puesto comercial, cuyo jefe nos señaló la ruta que debíamos seguir. Es socio de mi padre y tiene instrucciones precisas al respecto.

Renart palideció.

—Eso no es posible. Mabrux está desierto... ¿No es verdad, Arphol?

—Así es —contestó el interpelado.

—A ese repugnante traidor lo abandonamos en los antípodas. Cuando nos detuvimos en Mabrux para recargar baterías, no le dijimos que íbamos también a visitar al encargado del puesto comercial —explicó Damaris.

Hubo un momento de silencio. Luego, Renart dijo:

—Comprobaré ese extremo en mi viaje de regreso. Pero antes quiero asegurarme de que no dejo problemas en mi retaguardia.

—¿Significa eso que piensas matarnos?

—Exactamente.

Sobrevino una pausa de silencio. Kervit se dijo que ya era hora de intervenir. Movió la pistola.

—Levántese, comandante —ordenó—. Caminará delante de mí y piense que puede ganar mucho, si colabora conmigo. ¿Entendido?

El oficial, desmoralizado, asintió.

—Yo..., yo no pensé nunca que el coronel fuese capaz de cometer un asesinato múltiple...

—Debiera conocer mejor a ese sujeto —rió el joven—. Por ambicioso, es capaz de cualquier cosa. ¡Vamos, camine!

* * *

—Ahora os encerraré a todos. Cuando regresen las patrullas, una de las cuales traerá, sin duda, a Kervit, haré que...

—¿Qué harás, coronel? —preguntó el joven desde la escotilla.

Damaris lanzó un grito de júbilo.

—¡Jan!

Arphol se volvió, lanzando un rugido de ira. Kervit le encañonó con la pistola.

—Lenn, quieto ahí si no quieres que te deje sin brazos —amenazó.

Arphol se puso rígido. Kervit meneó la cabeza.

—Debí haberlo adivinado. En Mabrux dijiste que pronto llegaría quien nos daría nuestro merecido. Nunca pude imaginarme que... En fin, no vale la pena seguir hablando de ello. ¡Damaris!

—Dime, Jan —contestó la muchacha.

—¿Es cierto que eres delegada imperial?

—Lo es.

Bruscamente, Damaris se soltó el cinturón que formaba parte de su indumentaria. Levantó el forro interior y extrajo un rectángulo de una sustancia flexible y de color oscuro.

—Es un microfilme de la orden imperial de cesión de plenos poderes —añadió.

—Buen truco, princesa —rió el joven.

Repentinamente, observó un movimiento. Renart había dado dos pasos laterales y sacaba su pistola.

Kervit disparó antes. La descarga alcanzó de lleno la base de su cuello, cortándolo limpiamente, y la cabeza saltó por los aires.

El cuerpo sufrió una sacudida. Al moverse, la mano que aún sostenía la pistola, apretó involuntariamente el disparador. Un chorro de fuego brotó del cañón del arma.

Arphol empezó a gritar, pero se convirtió en una masa de llamas antes de que pudiera emitir el menor sonido. Segundos más tarde, había desaparecido en la atmósfera.

Kervit inspiró profundamente.

—Creo que esto soluciona muchos problemas —dijo—. ¡Comandante!

El oficial adelantó unos pasos.

—Si..., señor...

Kervit señaló a la joven.

—Ahí tiene a la delegada de su majestad. ¡Obedezca sus órdenes!

—Sí, señor... Señora...

Damaris sonrió.

—Jan, tipo astuto —dijo.

—No más que tú —contestó él jovialmente.

* * *

Terminó de preparar todo y se dispuso a subir al coche. Alguien llegó y entró en la cabina.

—Vamos, arranca —dijo Damaris.

Kervit la miró fijamente.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Si no lo estuviera, no habría venido aquí. Kervit miró hacia la nave, ya a punto de despegar. Damaris añadió:

—Como delegada imperial, puedo traspasar mis poderes a quien estime más conveniente. Durante el vuelo de vuelta. Dall será ese delegado. Informará a mi padre.

—Comprendo.

—El hermano de Renart será destituido. Se revocarán las leyes onerosas para los descendientes de terrestres. Todo el que lo desee podrá emigrar a la Tierra. No habrá limitaciones para los viajes..., aunque mucho me temo que los emigrantes serán menos de los que supones.

—¿Por qué, Damaris?

—Habéis idealizado demasiado a este planeta. Ahora es un mundo abandonado, solitario. Hay un trabajo inmenso que realizar. La mayoría de la gente no se sentirá capaz de afrontar las penalidades de una nueva existencia, cuando en Urton 8 tiene de todo y, más aún, la libertad que habían perdido momentáneamente.

—En eso tienes razón. Pero, recuerda, hay un enorme archivo de lo

que se hizo en la Tierra... Urton 8 puede enviar materiales, pertrechos...

—Lo harán, sin duda. Sin embargo, no creas que se va a producir una estampida de emigrantes. Pasarán cientos de años antes de que la Tierra pueda considerarse medianamente repoblada.

Kervit se sentó en el puesto del conductor.

—Entonces, ¿por qué no damos el primer paso en esa dirección?

—Junto a la cascada —propuso Damaris.

—En un lugar maravilloso —convino él, a la vez que ponía en marcha el automóvil—. Sin embargo, me asalta una duda.

—¿Cuál, Jan?

—Tu padre... A fin de cuentas, eres la hija de...

—¿Lo dices por mi origen bastardo? Ya sabes que me reconoció como hija legitima.

—Pero sigues siendo hija del emperador.

—Mi padre me prometió libertad entera para cierta elección. Es lo único que le pedí como recompensa.

—¿Significa eso que me has elegido a mí?

—Con una condición. Jan.

—A ver, habla.

—No vuelvas a ser tan orgulloso...

Kervit suspiró.

—Tal vez no lo hubiera sido si tú me hubieses comunicado tus proyectos, como lo hiciste con los demás.

—Es posible, pero no lo consideré apropiado en aquellos momentos. De todos modos, hay mucho de razón en tu queja. Tú querías traernos a la Tierra... y lo has conseguido, demonios.

El joven se echó a reír.

—Ellos se vuelven a Urton 8. ¿Querrán establecerse aquí algún día? Ahora ya han visto un poco de lo que es la Tierra.

—Jan, no te preocupes de Myrr ni de los otros. Empieza a preocuparte exclusivamente de mí.

Kervit pasó un brazo por los hombros de la joven.

—Con mucho gusto —contestó.

FIN